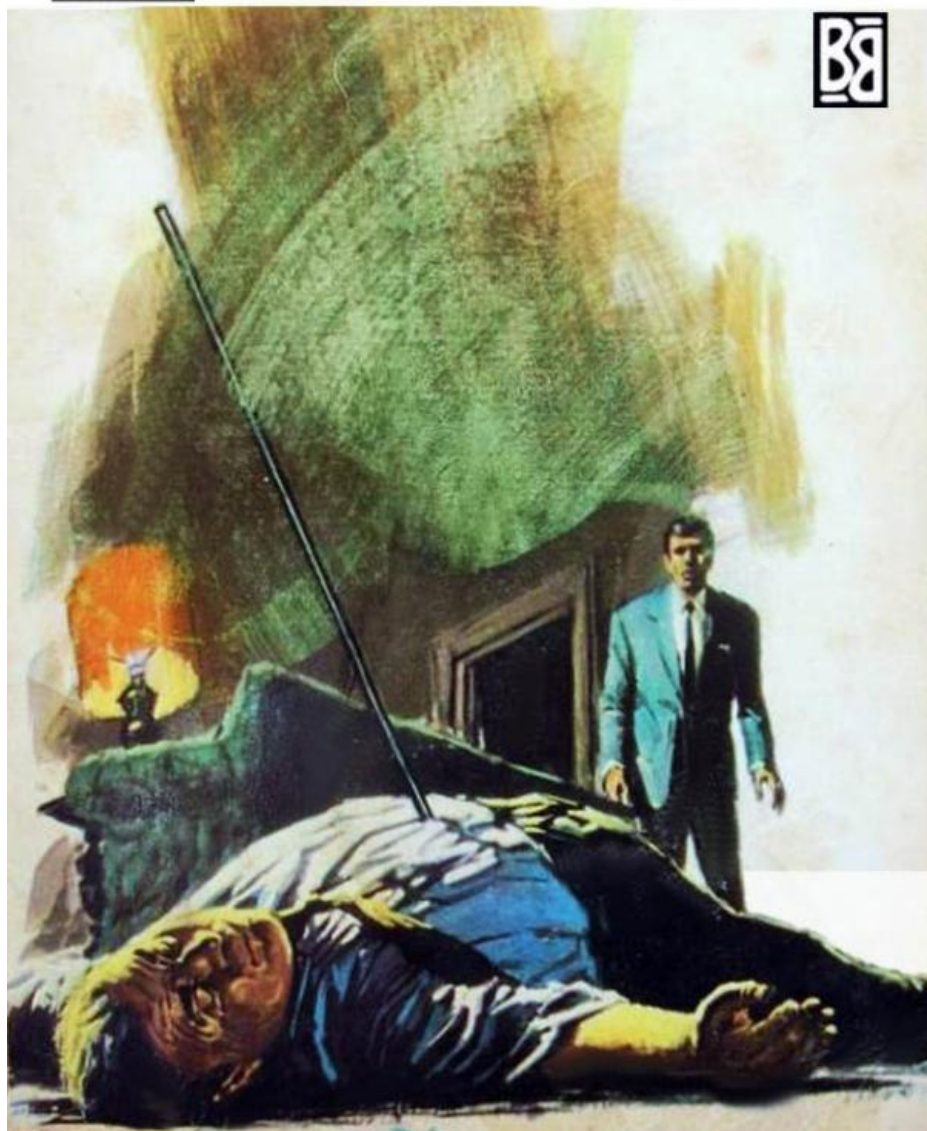


PUNTO
ROJO

el detective más caro de Miami

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL DETECTIVE MAS CARO DE MIAMI

Colección PUNTO ROJO n.º 349

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 35.180 - 1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1968

© RALPH BARBY - 1968

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

547. — La charca del sapo.

En Colección KANSAS:

449. — Los hijos de la loca.

En Colección CALIFORNIA:

609. — Un hombre debe morir.

En Colección BRAVO OESTE:

390 — La maldición del «trail».

En Colección SERVICIO SECRETO:

951. — La muerte baila en Copacabana.

En Colección SALVAJE TEXAS:

660. — La caída del árbol.

En Colección PUNTO ROJO:

342. — La cripta del tesoro.

En Colección ASES DEL OESTE:

488. — Hace falta un justiciero.

En Colección BISONTE:

1.061. — Los colmillos de Silver.

En Colección BUFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Brooks levantó la cabeza al oír el timbrazo insistente del teléfono. Observó los tres aparatos telefónicos que tenía sobre su mesa y gruñó decidiéndose por uno de ellos. Algo bajo de estatura, fornido, de cabeza casi cuadrada, pelo hirsuto y recortado al cepillo, el teniente Brooks era un hombre eternamente malhumorado, pero de mirada franca y abierta. —Sí, al diablo —repuso cortando la conversación telefónica. Sonaron unos golpes sobre el cristal, de la puerta del despacho y apareció uno de sus subordinados. —¿Qué sucede, sargento Drake? .

El sargento parecía el reverso de la medalla de su jefe. Bonachón, afable, cabello cano y algo entrado en carnes. Su mirada era igualmente franca, más su carrera en la policía de Miami se terminaba. Le faltaba poco tiempo para la jubilación:

—Tiene visita, teniente.

—¿Visita? Tengo mucho trabajo. ¿No puede atenderla usted? A menos que sea el gobernador del Estado o un senador de paso por esta hermosa playa, aunque así revienten por las complicaciones que me traen.

—No es el gobernador ni un senador.

—Entonces, ¿quién diablos es? —gruñó, molesto.

—Es una visita del sexo débil. Dice que si no habla con usted, no se marchará.

—Pues, adelante con esa mujer. Yo seré algo más expeditivo que usted. Hágala pasar y lo verá.

Con las manos crispadas sobre la mesa, los dientes apretados y el gesto hosco, el teniente Brooks esperó a su visitante.

El sargento Drake hizo una llamada con su dedo índice y no tardó en aparecer la fémina en cuestión.

Los cabellos del teniente Brooks semejaron erizarse más de lo que ya estaban, pues parecían agujas nacidas sobre su cráneo. Los ojos se le agrandaron y no tardó en dulcificar su actitud.

—Me llamó Priscila Young y busco a mi papá, que se llama Peter Young.

La niña no tendría más de nueve años. Era morena y encerraba en sus ojos castaños un mundo de picardía. Su piel estaba tostada por el intenso vagar por las playas y lucía un cortito vestido blanco sin adornos que hacía resaltar su tez dorada.

El bueno del sargento Drake puso un gesto compasivo, pero el teniente Brooks trató de mantener a toda costa su aspecto feroz. Con un ademán de la diestra indicó a la chiquilla que se acercara a su mesa despacho.

—Bien, bien, te llamas Priscila Young y buscas a tu papá, llamado Peter Young. ¿No podías decirle eso mismo al sargento Drake, que ha tenido que interrumpir mi trabajo que es muy importante?

—También es muy importante el que mi papá haya desaparecido —repuso ella, sin arredrarse.

Brooks masculló algo, aunque trató de sonreír. Por su parte, Drake miró hacia el techo; dentro del despacho no lucía el sol.

—Bien, bien, tu papá es importante, no lo dudo, pero ¿sabes que yo conozco bien a tu papá?

—Me lo imagino —respondió la niña, que cruzaba sus dedos nerviosamente a la espalda—. Todo el mundo conoce a Peter Young.

El teniente sabía perfectamente quién era Peter Young.

Había estado más de una vez en las celdas de la estación de policía. No era un sujeto muy recomendable, aunque desde el punto de vista femenino estaba muy solicitado y no era ningún secreto que Peter Young vivía de sus amoríos con mujeres ricas.

No se le conocía trabajo alguno, únicamente practicaba su hobby, que era la natación y la pesca deportiva. Más, no era cuestión de soltarle aquello a la preciosa niña de ojos de ardilla.

—Tu papá, querida Priscila, puede estar con alguna de sus múltiples amistades. Tú debes regresar a casa y esperarle.

—No, quiero que lo busquen. Hace dos días que no viene por casa y, cuando no lo hace, me telefonea.

—Volverá pronto, ya lo verás, y en cuanto a telefonar, se le habrá olvidado.

—No, no se le olvida nunca. Quiero que lo busquen. Mi padre dice que ustedes ganan un sueldo que lo pagan los contribuyentes.

—No me dirás que tu papá es un contribuyente, ¿eh? —gruñó, molesto, ante la terquedad infantil.

El sargento Drake carraspeó sonoramente. Su superior comprendió.

—Está bien, investigaremos a tu papá —dijo con rintintín—. ¡Sargento!

—Sí, señor —repuso rápido el bueno de Drake.

—Tráigame el parte de hospitales y dispensarios de urgencia. Consulte también al resto de estaciones de policía. ¡Rápido!

—Sí, teniente —asintió Drake, abandonando el despacho apresuradamente.

—Tú siéntate en la silla, y no quiero oírte, es decir, sí. ¿Cuándo desapareció tu querido padre?

—No lo sé. Yo me marché a dormir esta noche pasada, no, la otra.

—Sigue, ya te entiendo, la otra noche.

—Pues él se marchó a una fiesta y me dijo que al día siguiente saldría a pescar. Mi papá es muy buen pescador submarino. Tiene muchas copas.

—Lo sé, pero no es eso lo que interesa ahora. Al día siguiente, ¿lo

viste?

—No, pero las aletas de goma y el resto del equipo no estaban.

—Teniente, aquí tiene los partes de los hospitales y dispensarios —indicó el sargento adelantándose.

—A ver, a ver...

Tras la consulta de las listas, movió la cabeza en sentido negativo.

—Pues no, tienes suerte, pequeña Priscila Young. Tu padre no ha sufrido ningún accidente. —Luego alzó la vista e interrogó a Drake con la mirada.

—No, señor, no hay nada en las demás estaciones de policía sobre Peter Young.

—Ya oíste, Priscila. Tu papá está bien, seguramente con alguna de sus múltiples y preciosas amistades —dijo con rintintín, pero sabiendo de antemano que la niña no iba a comprender su ironía, fruto del malhumor.

—Pues han de encontrar a mi papá.

La sonrisa del teniente pareció llegarle de oreja a oreja, pero fue tan forzada que asustó a la niña. Esta tuvo la impresión de que iba a ser devorada por el oficial de la Metropolitana de Miami.

—Está bien. Te retendremos en un orfanato hasta que tu padre aparezca y entonces se llevará un rapapolvo que el susto va a durarle toda la vida.

—¿A un orfanato? —repitió Priscila asustada.

Se puso en pie antes de escuchar la respuesta de Brooks y salió corriendo, pasando junto a las piernas del sargento, que trató de retenerla.

—No, sargento, déjela marchar —dijo el teniente—. Cuando su padre regrese, la encontrará en su casa.

El sargento Drake se encogió de hombros y dio por cerrado el caso de Priscila Young.

Le niña salió a la calle.

Parpadeó preocupada y anduvo cien yardas. Luego paró a un viandante, colocándose ante él.

—¿Qué ocurre, niña?

—Por favor, tengo que llamar a mi papá por teléfono y me hacen falta cincuenta centavos.

—Cómo no, pequeña —dijo el hombre sonriendo y dándole una moneda de medio dólar.

—Gracias.

Priscila siguió corriendo por la acera hasta entrar en una heladería. Allí escogió el asiento más alto y trepó por él, acodando sus bracitos en el mostrador.

—¿Qué va a ser? —preguntó el empleado, viendo la moneda en la mano infantil.

—Un castillo de helado con una cereza arriba y si puede dejarme la

guía telefónica por profesiones.

—Una guía de teléfono?

—Sí, eso he dicho.

Priscila pronto tuvo delante el alto helado. Entre cucharada y cucharada que llenaba su boca, comenzó a consultar su guía.

—De, de, de... Aquí —se dijo—. Detectives privados... ¡Uy, cuántos hay!

—¿Qué te ocurre, chica? —inquirió el empleado.

—Pues que hay muchos.

—¿De qué hay muchos? ¿De Smith?

—No, de detectives privados —dijo con suficiencia—. ¿Conoce usted a alguno que sea bueno?

—Oye, ¿es broma?

—No es broma, hablo muy en serio. Tengo que llamar a un detective privado.

El hombre se lo tomó a broma, pero respondió:

—Conozco a uno muy bueno, pero cobra muy caro.

—El precio no importa. Y pagaré lo que pida.

—Si es así...

—¿Cómo se llama? Tengo prisa —dijo con la boca llena de helado.

—Hal Lester. Vive en el Boulevard. Stadford, frente a la playa de Miami Beach.

La niña, ya con la toca libre, lanzó un silbido de admiración.

—Vaya, si es el barrio de las panzas gordas, como dice mi papá.

—Panzas gordas querrá decir ricachos, ¿no?

—Sí, eso es. Dice que allí solo pueden vivir los que tienen millones.

—Ya te lo he dicho. Hal Lester es un detective muy caro.

—Bueno... —dijo, encogiéndose de hombros y consultando la guía—. Sí, aquí está. Como ha dicho usted, es en el Boulevard Stadford —levantó la cabeza, miró al heladero y preguntó—. ¿Puedo telefonar?

—¿Llevas níqueles para hacerlo?

—No, he salido de casa solo con medio dólar encima, pero creo que es lo que vale este helado...

El hombre sonrió.

—Está bien, puedes telefonar como si fuera una llamada particular, si se trata de llamar a Hal Lester.

—¿Es amigo suyo?

—Sí, un magnífico amigo. Mi teniente en los últimos días de Corea.

—Entonces, ese será mi detective privado.

Un tocadiscos estereofónico dejaba escapar las notas vibrantes de una pieza de jazz.

Un vaso se vaciaba a través de una caña que succionaba Hal Lester, tumbado en una comodísima hamaca en su terraza frente a Miami Beach, terraza que pertenecía a un lujoso edificio de apartamentos, desde el cual podía admirarse las bellezas de la playa.

Hal Lester tenía el ala del sombrero inclinada sobre los ojos y éstos cerrados, mientras seguía sorbiendo lentamente el líquido que contenía el alto vaso, y que consistía en un granizado de limón mezclado con *whisky* y *vodka*, a partes iguales. A Hal Lester le agradaba ser neutral en todo.

Un prolongado timbrazo en la puerta vino a turbar su paz sibarítica.

Dejó la caña, bostezó y se levantó. Al atravesar el amplio *living* pudo escuchar el ruido lejano de la ducha.

Al abrir la puerta y pese al ala del sombrero bajada, tuvo la desagradable sorpresa de ver el rostro de «bulldog» del administrador de la finca.

—Señor Lester esta vez va a darme los trescientos dólares.

—Oh, sí, claro que sí —dijo bostezando—. ¿Cuánto ha dicho?

—Lo sabe muy bien. Trescientos dólares —silabeó—. Pero si quiere que se lo repita... Quien quiere vivir como un millonario ha de pagar, ¿lo entiende? ¡Pagar!

—Doble contra sencillo.

—¿Quéeee?

—Sí, a los dados, doble contra sencillo. Si gana usted, le pago seiscientos y si gano yo, usted me da el recibo.

—¡Nooo...! ¿Se cree que soy un apostador?

—Triple centra sencillo.

El administrador miró a Lester.

El detective privado era un hombre alto, delgado y de mandíbula algo cuadrada. Sus ojos eran tan azules como el mar de Miami en un atardecer veraniego y sus rasgos, en general, eran firmes. Mas había en su rostro algo irónico y burlón que exasperaba al administrador.

—O me paga o va a la calle, ¿comprendido? —en tono bajo agregó—: Claro que, si apuesta quíntuple contra sencillo...

—Siempre me han caído mal los tipos como usted, paro acepto. Voy por los dados.

—No hace falta, ya he traído los míos —sonriendo ampliamente, añadió—: Con los suyos siempre pierdo.

Con un ademán, Hal invitó al hombrecillo a pasar al interior del *living*. Pusieron los dados sobre la mesita.

—A una sola jugada, tengo prisa. Hay mucho trabajo pendiente —dijo Hal Lester.

—De acuerdo. Quien obtenga más puntos, gana.

—Bien, tiro yo primero.

Hal tomó los dados. Los movió dentro de su mano, sopló en ella y dejó caer los dados sobre el tablero.

Los ojos del administrador se iluminaron de alegría.

—Dos más dos, cuatro, solo cuatro. Me temo, señor Lester, que va a tener que pagarme mil quinientos dólares.

Hal no pareció asustado. Sólo bostezó antes de decir:

—Ahora le toca a usted.

El de la cara de «bulldog» movió los dados dentro de su puño. Solamente los dejó caer sobre la mesa. Su rostro se enfureció.

—Dos más uno, tres. Mala suerte —comentó Lester irónico, sin sonreír demasiado.

—¡No puede ser!

—Son sus dados, amigo —tirando del recibo que sobresalía por la cartera que el administrador llevaba consigo, añadió—: Ahora, por favor, hasta el mes que viene. Tengo mucho, pero que mucho trabajo. Mis clientes me agobian.

Materialmente empujado por la mano de Lester, el hombrecillo fue puesto fuera del apartamento. La puerta casi se cerró en sus narices.

—Cariño, tráeme el vestido —pidió una voz femenina desde el cuarto de aseo.

—¿Qué vestido?

—Está tirado en un sillón —puntualizó.

Hal buscó hasta encontrar un pedazo de tela.

—Si parece el vestido de un bebé... —se encogió de hombros y, acercándose al baño, se encontró con una rubia envuelta en una toalla.

—Gracias, Hal.

—Vamos, date prisa. Ya está bien de usar mi baño.

La chica apenas tardó medio minuto en salir vestida con una minifalda que hizo exclamar al hombre:

—Mejor te tapas con un bikini. Pasarías menos frío.

—Contigo nunca paso frío, amor.

Hal tuvo que dejar que la chica de opulentas formas le besara, pero entonces sonó el timbre del teléfono.

—¿Diga?

—¿Es usted el señor Lester, detective privado? —preguntó una voz femenina que le sonó a infantil.

—Sí, yo mismo.

—Quiero contratarle. Es urgente.

—¿Contratarme? —inquirió—. ¿Y para qué, quiero decir, de qué se trata?

—De un rapto. Venga corriendo al ciento veintidós de Moon Street, en Coral Gables —y el auricular se colgó al otro lado de la línea.

—Lo siento monada, pero tengo trabajo.

Lo mismo que hiciera con el administrador, puso a la chica en el corredor de la séptima planta del lujoso edificio de apartamentos.

En el ascensor se encontró con el administrador. Este no le sonrió. Hal carraspeó y comentó luego:

—Creo que hace buen día hoy. No va a llover.

—Sí, muy buen día —repitió el hombre, sin despegar los dientes.

El elevador lo dejó en la planta baja.

Su coche era un «Cadillac» descapotable blanco que atraía miradas de admiración y muchas veces, Hal se preguntaba si las chicas le acompañaban a él o al auto.

Ladeó su sombrero hacia atrás y tomó la vía sur para ir al barrio de Coral Gables, que no era en mucho el de Miami Beach dentro de la atractiva ciudad repleta de millonarios en descanso y de vividores en activo.

El 122 de Moon Street resultó ser una casa modesta, pero alegre por su jardín. Era de una sola planta y construida en madera. Había muchas allí de aquel estilo y solían pertenecer a pescadores o aficionados a la pesca.

—Espero que sea un buen caso, me hace falta dinero. El mes que viene el tipo de los apartamentos no querrá jugar a los dados conmigo.

Se detuvo a prender lumbre a un pitillo antes de cruzar la verja del jardín.

La entrada de la casa tenía tres peldaños de madera que la separaban del suelo para aislarla de la humedad del mismo.

En los escalones había una niña de piel muy tostada y con un fleco que casi le cubría los ojos. La chiquilla silbó, pero no se levantó del peldaño en que estaba sentada.

—¿Es de usted ese carro? —preguntó.

—Sí, es mío. ¿Está mal aparcado, acaso?

—No, solo que acabo de comprobar que el heladero tenía razón.

—¿Razón en qué? —preguntó Hal Lester, extrañado.

No obtuvo respuesta. La niña había abierto la casa entrando en ella.

Por dentro, la vivienda semejava una cabaña de pescadores, con muebles funcionales pero cómodos. En las paredes había muchas fotografías clavadas con chinchetas y que representaban chicas la mayoría de ellas en bikini y a cual más escultural.

Hal silbó:

—¿Vive aquí algún fotógrafo de modelos?

—No, solo son amigas de mi papá.

—Pues tu papá debe ser un hombre muy afortunado.

—Ellas dicen que es muy guapo. Mi papá se llama Peter Young.

—¿Peter Young? Creo que he oído hablar de él —dijo Hal, entornando los ojos tratando de recordar.

—Es muy conocido. El teniente Brooks también le conoce.

—¿El teniente Brooks de la policía? —preguntó, temiendo alguna sorpresa extraña.

—Sí, señor. Bueno, usted es el detective Lester, verdad?

—Sí, claro. Me han llamado desde aquí por un rapto.

La niña se sentó al otro lado de la mesa, juntó las manos sobre ella y dijo muy serena y tranquila, como quien está seguro presidiendo el consejo de administración de un Banco importante:

—Yo le he contratado, señor Lester.

Lester no pudo negar que se había sorprendido. Sintió frío y se pasó la mano por la frente. Ya no sabía si era frío o calor lo que le obligó a sacar el pañuelo de su bolsillo.

—¿Dices que tú me has contratado?

—Sí. Han raptado a mi papá.

—Vaya, eso sí que es bueno, han raptado a tu papá. ¿Y por qué no se lo has dicho al teniente Brooks, que dices le conoce?

—Ya he ido a verle y me ha dicho que me metería en un orfanato, y un orfanato debe ser casi como un reformatorio, ¿verdad? —inquirió con la voz en suspenso.

Hal se sentó, le hacía falta. Niña y hombre quedaron frente a frente, uno a cada lado de la mesa.

—Sí, creo que un orfanato es como un reformatorio en pequeñito, pero tú pareces una niña inteligente y te quedarás aquí a esperar a tu papá. Si el teniente Brooks, que es muy sabueso, opina que...

Priscila Young no le dejó terminar.

—Yo le he contratado a usted y usted tiene la obligación de buscar a mi papá. Hace dos días que falta de casa y no me ha telefoneado.

Hal esbozó una mueca de desagrado. Incluyó el sombrero blanco sobre sus ojos y reclinó la espalda sobre la silla, balanceándose hacia atrás.

—¿Y tu papá no se habrá ido con alguna de esas preciosidades que están pegadas a las paredes?

—No, me hubiera telefoneado. Lo hace siempre.

Hal la vio tan convencida, que dijo:

—Está bien, está bien, voy a ayudarte.

La niña se levantó, apartándose de la mesa.

Buscó bajo de un almohadón y sacó una hucha de plástico azul que consistía en una caja de caudales. La llevó a la mesa y ante el silencio expectante de Hal, y procurando que éste no viera la clave que abría la puertecilla, Priscila vació el contenido de la caja, contando rápidamente el dinero.

—Cinco dólares justos —exclamó triunfante.

—¿Y qué piensas hacer con esos cinco dólares? —preguntó Hal, intrigado.

—Pagarle a usted. Le contrato por cinco dólares. Aquí los tiene. El heladero me ha dicho que es usted un detective muy caro y yo le pago con todo mi dinero. ¿Es mucho?

Lester puso cara de circunstancias. Con aquel dinero no tenía ni para llenar de carburante el depósito de su «Cadillac» descapotable.

—Sí, sí, tienes suficiente. Me dejo contratar por tus cinco dólares, pero, ¿sabes una cosa, preciosa? Coges este dinerito y lo vuelves a meter dentro de la casa, así —se lo fue introduciendo, cerrando de nuevo la combinación.

—¿Es que mi dinero no es bueno? —preguntó Priscilla, ofendida.

—Sí, sí, claro que es bueno, pero yo suelo cobrar al final de los casos que resuelvo. Entonces, tú me tendrás que dar los cinco dólares y yo te extenderé un recibo —advirtió solemnemente.

—Pero yo quería darle para sus gastos.

Hal sonrió. Era difícil, muy difícil, comprender lo que bullía en la cabecita de una niña como aquella. Le tomaba el pelo o hablaba en serio? De todas formas, la ayudaría.

—De acuerdo. Cuando me dé el recibo, yo le pagaré. Los negocios son los negocios.

—Muy bien. Ahora, empieza a contarme lo que ha sucedido con tu papá. Yo soy tu detective privado y no gruño como el teniente Brooks.

Priscila Young rió por primera vez.

CAPITULO II

Hal Lester conducía lentamente el descapotable blanco.

El caso de la pequeña Priscila Young le había interesado. Habían transcurrido unas horas y el padre continuaba sin aparecer.

Hal había hecho dos cosas; la primera, avisar a una tía de la pequeña para que fuera a Miami a hacerse cargo de Priscila mientras durara la extraña desaparición de su padre, y la segunda, seguir la única pista que tenía en principio.

Era ya de noche.

El barrio sur de la ciudad no estaba tan bien iluminado como el boulevard principal de Miami Beach, abigarrado de coches casi todos con matrículas de los más distintos estados de la Unión, aunque predominaban los de Nueva York.

La pista que tenía se llamaba Gordon Clive, un tipo sin oficio conocido pero que pagaba sus *whiskys* en los *nights clubs* de Miami, que no resultaban baratos precisamente.

Le habían dicho que Gordon Clive salía muchas veces en compañía de Peter Young y en especial con una motora que tenían. Quizá aquel sujeto supiera algo del desaparecido.

Detuvo el «Cadillac».

Olía a salobre, a pescado barato y a frituras con abundante aceite. No muy lejos, había una bullanguera cafetería en la que se ponían reparos a la entrada de la gente de color.

A la izquierda de la carretera mal iluminada había una hilera de *cottages*. Algunos de ellos más parecían chabolas en medio de callejones malolientes y algún que otro maullido; las ratas también tenían sus enemigos.

Se apeó del coche. Encendió un cigarrillo y anduvo en busca del callejón en que vivía Gordon Clive.

Aquellos callejones, a menos que estuvieran cortados por alguna valla de maderos o alambres de púas, daban casi todos a las arenas de la playa.

Aquel era también un Miami que productores hollywoodenses no solían filmar.

Alzó la vista y sonrió al letrero que rezaba: «Tercera Avenida». Aquello parecía Nueva York, pero menos.

Gordon Clive vivía en la Séptima Avenida, número seis.

Cuando divisó la casa, también de madera como la de Peter Young, pero mucho más destartada y con algunos cubos llenos de basura por jardín, vio que una luz se apagaba tras la ventana.

Cruzó el pequeño patio, ya que no se le podía llamar jardín, y pulsó el timbre.

Nadie le contestó. Insistió dos veces más y se dio cuenta que, solo empujando, la puerta se abría.

—¡Clive! —interpeló.

Todo oscuro, nadie respondía.

Sin embargo, había visto luz y no había salido nadie. ¿Tendría la casa otra puerta por la parte posterior?

Tanteó la jamba. Halló el conmutador de la luz y lo accionó, iluminándose pobremente el interior de aqueja vivienda.

Un raído sofá en el centro, una cocina a la izquierda y bajo la ventana una mesa y varias sillas. Nada interesante.

Cuando adelantó unos pasos más para investigar, descubrió algo que le hizo fruncir el ceño.

Tras el sofá, en el suelo, yacía un hombre obeso, muy entrado en carnes, de mejillas colgantes y gesto de dolor en sus ojos ya vidriosos.

Vestía mambo y pantalones sencillos, pero alguien había tenido el mal gusto de coserle el mambo y pantalón con un arpón de pesca submarina a la altura del abdomen.

—Seguro que es Gordon Clive, apostaría doble contra sencillo —la mueca de desagrado no se borró de su rostro—. He llegado demasiado tarde a la pesca del tiburón, claro que yo no traía tan punzantes intenciones.

Cuando a Hal Lester le preguntaban qué hacía falta para ser un buen detective privado, solía responder:

«Mala reputación, suerte y sexto sentido».

Esto último le puso en acción en aquellos instantes, pues digamos que Lester poseía las tres cualidades con generosidad.

Tuvo la impresión de que le estaban vigilando. Alzó la cabeza y el tipo que andaba sigilosamente tras él no pudo evitar que su sombra, al quedar detrás de la bombilla, se proyectara en la pared frontal.

Esperó a que aquella mano, armada con un revólver, bajara con violencia sobre su nuca, pero antes de que su atacante quedara complacido del golpe, Lester se ladeó hacia la izquierda.

—¡Suelta el revólver! —gruñó Hal ante la resistencia de aquel tipo.

Golpeó varias veces la mano del que suponía asesino contra el marco de una puerta que daba al dormitorio y la pistola, una «Browning» del 38, rebotó sobre el enlosado de madera.

El sujeto era duro, no cabía duda. Tuvo que golpearlo varias veces en el

rostro antes de tumbarlo junto a los pies del cadáver arponeado.

—Ahora tendremos un diálogo más pacífico —advirtió Lester recogiendo el arma del suelo y encañonando con ella a su prisionero.

Aquel individuo se levantó, tocándose al rostro con ambas manos. Parecía dolerle bastante.

Su primera intención fue huir, pero la pistola en las manos de Lester le resultó un argumento para que se quedara.

—¿Qué busca aquí? —gruñó el tipo ya puesto en pie y mirando a Lester que se había sentado en el brazo de un sillón que un día fuera de color verde, pero que ahora resultaba difícil de definir.

—Opino que las preguntas tengo que hacerlas yo. De pequeño me enseñaron que el que tenía la sartén por el mango preguntaba y los demás cantaban.

—¿Es de la bofia?

—Sólo un sabueso con caras para husmear.

—Ya, un D. P.

—Exacto —señaló con la pistola el cadáver e inquirió —. ¿Gordon Clive?

—¿Acaso no lo sabe?

Lester creyó oportuno no decir que lo veía por primera vez.

—Bien, ¿y tú quién eres?

—¿Le serviría de algo mi nombre?

—Supongo que los hampones como tú tienen nombres falsos suficientes para llenar una guía telefónica, pero quizá si me dices tu apodo más común, es decir, el nombre por el que te conocen en las cloacas...

—Déjeme en paz. Este es un asunto privado.

—Y tan privado, como que uno se ha quedado quieto y silencioso para siempre.

—¿No le han dicho que es muy gracioso?

—Sí, me lo dijo el teniente Brooks. ¿Quieres que vayamos a preguntarle qué opina de ti?

Aquel sujeto, que no había revelado su identidad, palideció. La parrilla eléctrica no pareció de su agrado, y pillado con las manos en la masa, no habría quien le salvara de ella.

—¿Cuánto quiere por dejarme en paz?

—Vamos, no seas imbécil. Si me convierto en tu cómplice, me retiran el carnet.

—Sin embargo, una buena oferta puede interesarle —arguyo el desconocido, bien vestido pero malcarado.

—Lo siento. Estoy llevando adelante un caso en el que se me paga muy bien —dijo irónico, viniendo a su imaginación la pequeña Priscila a la que había tenido que comprar un «tutti-fruti» para la tarde.

—Usted se lo pierde, D. P. Después de todo, será difícil probar que yo

he silenciado a Gordon Clive. No encontrarán huellas mías en el fusil subacuático, llevaba guantes; siempre los uso cuando pueden, hacer falta.

—Me lo supongo. Es el «A. B. C.» del buen hampón, pero no solo de huellas dactilares como en las películas vive la policía. Además, creo que le sacaremos el motivo por el que ha liquidado a Clive.

—Ya le he dicho que ha sido un antiguo arreglo de cuentas, mejor digamos que primero unas copas, luego una discusión y por último la tragedia.

—Ese es el cuento de la Caperucita Roja que tropezó con una piedra en el camino. Hace mucho tiempo que me destetaron, amigo. Será mejor que seas más explícito. Si fuera tal como dices, estarían las copas vacías y Gordon tendría un par de agujeros hechos con plomo y no ese arpón clavado en el cuerpo.

—Hace muchas inducciones por su cuenta.

—Sí, y todavía puedo hacer más.

—¿Puedo conocerlas, ya que soy el interesado?

Ante la cínica pregunta del homicida, Lester no tuvo inconveniente en responder:

—Pues que tú has venido a preguntarle algo. Él te ha dicho lo que sabía, quizá por amenazas o bien porque le habías dado algunos dólares. Los hombres como Gordon Clive son fáciles de comprar.

—¿Y qué más? —inquirió el asesino, vivamente interesado.

Lester hablaba con toda naturalidad, sin estar en tensión, moviendo de un lado a otro la pistola, segur iban las explicaciones.

—Pues, una vez finalizado el negocio entre ambos, tú has tomado el subfusil y lo has silenciado por si alguien más como yo venía a preguntarle lo que a ti te había dicho ya. Una vez sorprendido y cadáver, si le habías dado dinero lo recuperas y tratas de largarte. Pero he entrado yo en escena y por lo visto no estaba en el reparto, según el autor que es quien te dirige a ti, porque tú no tienes suficiente inteligencia para llevar adelante un plan que puede ser emocionante.

—¿Sabe que para ser un D. P. parece listo? —se burló el sujeto.

—Puede, pero ya hemos terminado la charla. Mi carnet no me autoriza a emplear el tercer grado contigo, solo me autoriza a liquidarte en defensa propia. Es una advertencia por si tratas de huir. Ahora, andando, que aquí solo han de venir los hombres de Brooks y el coche de la funeraria.

El frío homicida comprendió que estaba perdido. Desde allí, Lester no podía avisar a la policía, pues no había teléfono y lo que esperaba el hampón era su oportunidad para escapar y Hal no lo ignoraba. Él hubiera hecho lo mismo de estar invertidos los términos.

—Le advierto que puede salirle mal el juego. Tengo amigos.

Lester sonrió.

—Todavía no me asusto —empujándole con la pistola en el costado,

ordenó—. Camina.

Salieron al callejón.

Lester no apagó la luz, pues la que escapaba por la ventana iluminada ligeramente aquella magnífica y hedionda Séptima Avenida, claro que su «Cadillac» no cabía por la angosta calzada sin asfaltar y, por si fuera poco, habían grandes cubos de desperdicios que se levantaban como barricadas en una guerra asiática.

—¿Tengo que llevar las manos en alto? —preguntó jocosamente.

—Es una buena idea. Cruza los dedos detrás de tu nuca y camina delante. Cuando lleguemos al coche, habrá terminado la gimnasia.

—Todavía está a tiempo. ¿Valen mil dólares?

—Tan baratos sólo se venden los tipos como Gordon.

—¿Subo la propuesta?

—Niev, como diría alguien en la ONU.

El tipo gruñó. Lester bromeaba, pero iba en serio. Era un hombre difícil de convencer y él iba a pasarlo mal por su culpa.

Distaban unas sesenta yardas hasta la carretera. Harán avanzado cincuenta cuando sucedió lo imprevisto.

—¡No, a mí no, a él...! —gritó de repente el homicida, poniendo terror en sus pupilas.

Hal se tiró junto a la pared, tras un montón de cubos metálicos, cuando por las ventanillas de un automóvil que se había detenido en la carretera, justo enfrente del callejón, comenzaron a vomitar plomo.

Los fogonazos fueron consecutivos. Había por lo menos dos, más que disparando, dándole gusto al gatillo.

El homicida de Gordon Clive bailó una danza grotesca hasta quedar con la espalda pegada a una columna de ladrillos sin rebozar. Luego cayó de bruce hacia adelante, besando el suelo arenoso.

A Hal Lester también le convidaron a aquella ración de generoso plomo. Los dos cubos, empujados por fuerza de las balas, cayeron desparramándose la basura. Un gato saltó por encima del sombrero de Lester. Aquel negocio no iba con él.

Lester no tuvo quieta su «Browning» y disparó contra el coche.

El estampido de las detonaciones por ambos bandos le impidió oír lo que deseaba, pero estaba seguro de que por lo menos el coche le había dado.

La refriega terminó y el auto salió a toda marcha de aquel lugar.

Corriendo a la máxima velocidad que pudo, Lester salió del callejón y disparó la última bala que le quedaba contra el automóvil fugitivo, un «Pontiac» negro que no se detuvo.

Los curiosos que abandonaron la cafetería permanecieron indecisos entre acercarse o no. Hal Lester aún tenía la «Browning» en la mano e ignoraban con que intenciones.

—Creo que alguien se ha llevado lo suyo —gruñó tras mirar al suelo.

Entre los cristales pulverizados, que no cabía duda habían pertenecido a la ventanilla del «Pontiac», había dos gotas de sangre.

CAPÍTULO III

El sol entraba a raudales por la ventana. El teniente Brooks seguía teniendo cara de malhumor.

—No me gustan los delitos de sangre —refunfuñó mientras su mano repiqueteaba con un bolígrafo sobre la mesa.

—A mí tampoco. Dejé de ser vampiro a los ocho años.

—Basta de bromas, Lester.

—Si no es broma... Alguien me dijo que a los siete años me dediqué a jugar a vampiros.

—Sí, y luego se hizo detective privado que es lo mismo.

—Puede. Ahora, nadie se asusta de los vampiros ni de los D. P.

—Hablemos en serio, Lester. Dos cadáveres, uno arponeado como si fuera un trofeo de competición acuática y el otro convertido en un colador, no es nada corriente.

—Quizá si le hubiera hecho caso a la niña desde el principio...

—Bah, no creo que un asunto tenga conexión con el otro. Usted se encontró en medio de un fregado y salió cómo pudo.

Lester bostezó. Brooks era una excelente persona, mas no le agradaba que le indicaran el camino a seguir.

—¿Qué sabe del «Pontiac»?

—Todavía no lo han hallado, pero no tardará en encontrarse, si las balas lo han perforado.

—Por lo menos, quedaron los cristales en el suelo.

—Sí. Incluso el equipo de laboratorio ha analizado la sangre y es del grupo C, no demasiado frecuente.

—¿Han controlado todos los médicos, por si alguien solicita ayuda de modo especial?

—Sí, todos los centros quirúrgicos están sobre aviso y los médicos en general también. Además, se llevará un estricto control sobre las demandas de sangre del grupo C. Puede que el que resultó herido la necesite.

—Es usted perfecto, teniente. Si fuera su superior, le felicitaría.

—Déjese de ironías, Lester, y hablemos más del caso. ¿Qué iba a hacer con Gordon Clive?

—Sólo preguntarle, lo mismo que hizo el otro tipo. Sólo que yo llegué tarde.

—Si al menos supiéramos por qué le mataron.

—Al otro tipo, porque temieron que una vez en mis manos se fuera de la lengua y era un peligro para sus compinches.

—No, yo me refiero a Gordon Clive.

—Aquel tipo me dijo que era un asunto particular entre ellos, pero no me tragué el anzuelo.

—Pues preferiría que hubiera sido un arreglo de cuentas particular, porque ahora estaría todo solucionado y me temo que estamos al principio de un buen lío.

—¿A medias? —preguntó Lester, tendiendo la mano por encima de la mesa.

Brooks dio un respingo. Al fin, sonrió débilmente y tendió la mano, estrechando la del detective privado.

—De acuerdo, a medias. Después de todo, sé que cuando un caso le hace cosquillas, no lo suelta ni aunque lo ahorquen.

—Bien, a medias, pero con las cartas boca arriba.

—No me es permitido revelar secretos.

—Ni yo secretos de mis clientes. Estamos en paz. Sonaron unos golpes en la puerta de cristal. Penetró un agente con un *dosier* que entregó al teniente Brooks.

—Es de la Central.

—Ya —asintió, apresurándose a abrir el *dosier*.

—¿Es referente a nuestro tipo? —preguntó Lester, cuando el agente hubo abandonado el despacho.

—Sí, aquí lo tiene —y mostró la ficha en la que podía verse la fotografía de frente y de costado del tipo que fuera acribillado a balazos, y no parecía tan bien cuidado como la noche anterior.

—Sí, es él, no cabe duda.

—Las huellas dactilares no mienten —puntualizó Brooks, agregando—. Burt Macgalen, alias Smith, Brown, etcétera, etcétera, más conocido en el mundillo del hampa por «el Reverendo», pues en sus comienzos se hizo pasar por tal para recaudar fondos que sólo iban destinados a sus bolsillos.

—¿En qué penitenciaría estuvo?

—Long Island, San Quintín y Lewisburg.

—No está mal. ¿A qué se dedicaba en los últimos tiempos?

—Trabajando en Detroit, para la pandilla de «el Ángel».

—Diablos, el reverendo, el ángel, solo falta que le pongan cirios.

—Parece broma, pero esos tipos no son de fiar. Según este *dosier*, se dedicaba al *racket*, a la prostitución y algún que otro embrollo de drogas.

—Me parece que he oído algo sobre ese ángel.

—¿Dónde?

—No recuerdo, pero creo que ha sido aquí, en Miami.

—¡Por todos los diablos! Si esa pandilla se ha trasladado aquí para no dejarme dormir tranquilo, voy a enviar una queja a Detroit y luego los haré desaparecer a todos. No estoy dispuesto a que Miami se convierta en un nuevo Chicago.

—Pues me temo que va a tener trabajo con esa pandilla en acción y, además, no sabiendo lo que tienen «in mente».

El teniente Brooks dio un respingo.

—¿Es que no tengo suficiente con la serie de quejas de las compañías de seguros por la asiduidad con que naufragan yates en esta costa?

—Eso le incumbe a la Marina, ¿no?

—No, es asunto de la policía de Miami, pero, dejemos esto. Lo que importa ahora es ese ángel. Pediré detalles a Detroit sobre él y sus secuaces y en cuanto lo vea, va a tener que explicarme unas cuantas cosas.

Hal Lester miró su reloj. Luego, se levantó de la silla.

—Bien, teniente, espero que cuando sepa algo más lo comunicará. Mi cliente está impaciente por conocer los resultados.

—¿No me dirá en serio que trabaja para la niña, verdad? —preguntó escéptico.

—Pues, sí, trabajo para ella, es la que me ha contratado. Pidió un D. P. y escogió el mejor.

—Sí que se ha vuelto altruista, Lester. Creí que era de los más caros y ahora resulta que trabajará de valde, porque sabe de sobras, que la niña, no podrá pagarle. Carece de fortuna y la casa ni siquiera es suya, está rentada.

—Se equivoca, teniente. Priscila Young ha prometido pagarme una cantidad estipulada de antemano.

—No se aprovechará de la chiquilla, ¿verdad? Imagino que no tendrá joyas ocultas o algo por el estilo que habrá prometido darle.

—Vamos, vamos, teniente, no es a mí a quién debe investigar.

Levantó la mano a modo de saludo y abandonó el despacho del teniente Brooks, que le siguió con la mirada, perplejo.

El sargento Drake llenaba monótonamente unos impresos colocados sobre su mesa.

En una silla no muy lejana, Priscila Young, formalmente sentada, lo observaba de hito en hito y podría decirse que lo vigilaba.

—¡Priscila, vamos o llegaremos tarde, al aeropuerto!

La niña saltó de la silla y corrió a colocarse junto al detective privado; se sentía segura a su lado.

—Adiós, sargento —saludó Hal.

La niña sonrió al policía, casi con precaución.

—¿Ha averiguado ya algo sobre mi papá?

—No, pero no falta mucho. Estamos sobre la pista.

—¿Qué pista? —preguntó la chiquilla mirándole directamente a los

ojos.

Fingiendo, misterio, dijo:

—Secreta policíaco. Déjalo todo de nuestra cuenta, ahora, ¿quieres un cucurucho de manís?

—Sí.

En el «Cadillac» se dirigieron al aeropuerto. Priscila mordía los cacahuets en silencio.

—Háblame sobre tu tía.

—Papá dice que es muy antipática.

—¿Y tú qué opinas?

—Nada. Desde que era pequeña que no la he visto.

—¿Y ahora eres muy mayor?

—Quiero decir que no me acuerdo de tía Shirley. Papá siempre se enfadaba con ella, incluso algunas veces peleaban por teléfono. Yo lo había oído.

—¿Y qué hace, ahora tu tía?

—No lo sé, pero papá dice que es una sabionda. Sí licenció en filosofía y papá dice que no hay quien la aguante.

—Hum, puede que tenga razón tu padre. ¿Tú crees que podremos reconocerla o tendremos que llamarla por los altavoces?

—Papá tenía una fotografía de ella. Sí que la reconoceré.

El «Cadillac» blanco entró en el *parking* del aeropuerto de Miami.

La sala de espera estaba muy concurrida. Las llegadas de los potentes tetrareactores se producían de modo continuado.

—Priscila, ve a aquel mostrador y pregunta si ha llegado el vuelo de Tampa.

—Sí. Ahora voy.

La niña se filtró entre los viajeros recién llegados y los parientes y amigos de éstos que aguardaban hasta llegar al mostrador.

Hal Lester bostezó. Al parecer, aquel caso no iba a dejarle conciliar el sueño muchas horas seguidas.

Observó a los recién llegados que cruzaban por la puerta de cristal. Los había de todos los tipos.

Una cuarentona de cabeza arrogante, labio inferior prominente y andares muy seguros, además de vestir un anticuado vestido de flores y falda muy larga, le llamó la atención. Se dijo que si aquella era la tía de Priscila, la niña iba a pasarlo un poco mal.

Lester prefirió fijarse en una joven de no más de veinticinco años, vestida de amarillo y utilizando falda muy corta que mostraba sus piernas torneadas.

Sus ojos se medio escondían tras unas gafas de gran concha y con cristal teñido ligeramente de azul. La chica tenía labios gordezuelos y caminar resuelto. Hal le sonrió, más ella miró hacia otro lado.

—No hay suerte —se dijo.

La fémina, que por lo visto iba sola y únicamente llevaba un pequeño *necesar* en la mano, se acomodó en una de las butacas sin brazos de las que había tantas en la sala de espera.

Lester se acercó a la chica que cubría parte de su cabeza con una boina del mismo color que su vestido, muy ladeada sobre los largos cabellos negros que peinaba con la máxima sencillez. Se sentó a su lado y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Un pitillo? —invitó.

Ella se volvió hacia el hombre lanzándole una mirada severa a través de las grandes gafas que escondían unos ojos verdosos. Sin vacilaciones, replicó:

—Óigame, si busca chica no gaste más saliva conmigo.

Lester se la quedó mirando unos instantes de un modo suficiente que no gustó a la fémina.

Extrajo un cigarrillo del paquete despreciado por la chica, lo colocó entre sus labios y le prendió fuego al tiempo que decía:

—Usted debe ser Shirley Young, ¿me equivoco?

Tras las gafas, que daban a la mujer un aire intelectual sin restarle el *sexy* que poseía innato, los ojos verdes se agrandaron.

—¿Cómo lo sabe?

—Es que me han dicho que buscara a una mujer muy sabionda y antipática.

—¿Quééee? —inquirió furiosamente sorprendida.

—¡Tía Shirley! ¿Ya os habéis encontrado?

La fémina apartó la mirada, con la que pretendía asesinar al hombre, y se quedó mirando a la niña.

—¡Priscila!

La niña la besó en ambas mejillas al tiempo que decía:

—El señor Lester y yo hemos venido a buscarte.

—¿El señor Lester? —repitió mirando al hombre, sin sonreír precisamente.

—Es mi detective privado y el mejor de Miami.

—Pero, ¿qué tonterías dices, Priscila?

—La niña no dice ninguna tontería. Yo soy un detective privado. Me ha contratado para que resuelva sus problemas y es lo que estoy haciendo.

—¿Entonces, el telegrama...?

—Lo puse yo. Iba a enviarlo el teniente Brooks. La verdad es que, de no haber venido, la niña probablemente estaría en dificultades legales, por ser menor de edad.

—Aguarde, aguarde... Todo esto parece un embrollo. Yo creí que mi hermano había pedido que viniera urgentemente a Miami para hacerme cargo de la niña. Pensé que quizá quería divertirse.

—Papá ha desaparecido. La policía lo está buscando, pero quien lo hace mejor es el señor Lester. ¿Te he dicho ya que es el mejor detective privado?

—¿Es grave la situación? —preguntó Shirley encarándose al hombre. Fue la niña quien respondió.

—A papá le tienen secuestrado, pero el señor Lester lo salvará. De momento, dicen que el señor Lester ha encontrado ya dos cadáveres.

—¿Dos cadáveres? —se sobresaltó enarcando las cejas.

—Será mejor que vayamos a mi coche y abandonemos el aeropuerto, a menos que la moleste que siga gastando saliva.

Shirley dio un respingo. Había recibido demasiadas noticias de súbito, pero seguía acordándose de los epítetos que Lester le había dirigido al principio del encuentro.

—Oye, Priscila, ¿qué vas diciendo de mí por ahí?

—¿Yo? Nada, solo lo que dice papá.

—Pues cuando vea a tu padre, va a tener que oírme. Ahora, señor Lester, si no le molesta llevarnos... —de súbito, cuando ya caminaba delante, dando la mano a la niña, se volvió hacia él—. Por cierto, si está contratado para descubrir el paradero de mi hermano y es detective privado, se le tendrán que abonar unos emolumentos, ¿no?

—Así es. Nadie trabaja por amor al arte.

—Y como mi hermano siempre va mal de dinero, querrá cobrar de mí, ¿no es eso?

—No.

—¿Ah, no? —se sorprendió.

Priscila atajó.

—He sido yo quien lo ha contratado.

—Es cierto —apoyó él.

—No me digas, Priscila. Será mejor que se cuide de todo esto la policía. En cuanto a usted, queda libre.

—Ni por un millón me casaba contigo, nena. Eres guapa, pero no todos los norteamericanos estamos hechos para soportar un matriarcado.

Shirley resopló. Parecía ir a estallar.

—No, tía Shirley, yo lo he contratado. Hemos hecho pacto los dos. ¿Verdad, señor Lester?

—Así es pequeña, y yo cuidaré de tus intereses. Es mi obligación.

Hal cogió a la niña en brazos y caminó con paso largo y rápido hacia su «Cadillac».

—¡Eh, espérenme! —pidió Shirley, al ver que se quedaba atrás, dándose prisa por alcanzarlos.

No tardaron en abandonar el aeropuerto.

Shirley Young se acomodó en el asiento posterior

Priscila junto a Lester, aunque subiéndose de pie en el asiento para

hablar con su tía.

—En la policía no me hicieron caso, y si no llega a ser por el señor Lester, me hubieran encerrado en un orfanato.

—Tendré que darle las gracias en nombre de la familia —dijo sin demasiadas concesiones.

—Las acepto y no se olviden de enviarme flores si al final terminan por agujerearme el pellejo.

CAPÍTULO IV

Bedding era el nombre de aquel local nocturno, o por lo menos éste era el rótulo que campeaba a la entrada, escrito con neón rojo.

Hal Lester lanzó la cajetilla de cigarrillos, convertida ya en una pelota por su mano, que se coló dentro de la papelera pública. No hubiera hecho mal papel en baloncesto.

—Eh, oiga, son diez dólares si quiere entrar —le advirtió una voz de mujer ya cascada.

Lester miró el pequeño mostrador circular que consistía la taquilla.

—¿Diez dólares? Sólo voy a hacer un par de preguntas a una de las chicas.

—Todos dicen lo mismo para colarse. Hablan, se divierten y luego se largan. No, son diez dólares, o llamo a los *bouncers*.

Hal vio que una puerta lateral se abría. Tres negros que debían rebasar los dos metros de altura y los cien kilos de peso, aparecieron por ella. Sus caras eran poco amistosas.

La taquillera, que quizá tenía parte en el negocio, les miró. Ellos esperaron una orden suya.

—Luego me costaría más de diez dólares en esparadrapos y árnica —gruñó, mientras buscaba en sus bolsillos unos billetes.

—Ya puede pasar. ¡«Childishs», no asustéis a los olientes! —gruñó la vieja.

Los tres gorilas obedecieron como si se trataran de inofensivos bebés.

En el interior del local, había poca luz, música sinuosa y muchas chicas. Lester opinó que había escaso trabajo.

—¿Me convidas a un trago?

—Lo siento, preciosa, pero busco a...

Antes de que pudiera terminar, la morena de exagerado escote le atajó:

—No soy la más bonita.

—Busco a Myrna, la pelirroja.

—Haberlo dicho antes —respondió molesta—. Ella siempre anda por los rincones —miró en derredor y señaló hacia un lugar en el que Lester casi no vio nada. Hacía falta varias horas de permanecer allí dentro para habituar los ojos a la penumbra.

—Allí está, y para mi mala suerte, sola.

Sin perder el tiempo, Hal se dirigió al rincón señalado y pudo comprobar que allí había una pelirroja que fumaba parsimoniosamente un cigarrillo. Ella lo miró.

—¿Vas deprisa o tienes tiempo para perder? Te lo digo porque a mí me da lo mismo; hay poco trabajo.

—Sólo quiero charlar contigo.

—Ya. Tú andas husmeando algo.

—Puede.

—¿De la «poli»?

—No, solo un entrometido.

—Mira guapo, no me agrada meterme en líos. Ese no es mi trabajo.

—Si me respondes, habrá un pequeño extra —y puso diez dólares más junto a la mano femenina.

Los billetes desaparecieron. La chica no llevaba bolsillo de mano y Lester no supo dónde los guardó. Habían volado apresuradamente y había muy poca luz en aquel rincón.

—Pregunta, pero que no sea demasiado. A veces, resulto algo dura da oído.

—¿Qué sabes de Peter Young?

—¿De Peter Young? —lanzó una corta e irónica carcajada—. Que es un puerco.

—Un epíteto nada agradable, pero no pregunto por su reputación; no pienso emplearlo.

—Perderías el tiempo si lo intentaras. Peter es un vividor. Vive de su cuerpo musculoso, de su piel tostada, de su rostro algo latino. En fin, ya sabes a qué ríase de tipos me refiero, pero, eso sí, era muy guapo.

—¿Era?

Ella miró a Lester directamente al rostro. No parecía mentirle.

—Digo era porque yo no lo he vuelto a ver y quizá cuando lo haga le saque los ojos con las uñas.

—Hum, por lo visto no le tienes simpatía.

—¿No le han dicho que las chicas como yo somos imbéciles?

—No.

—Además, mentiroso. Bueno, la verdad es que tú también tienes cara de guapo, aunque no te pareces a Peter. No eres de su clase. Tú eres más hombre.

—¿Me estabas diciendo?

—Sí, ya, quieres saber más sobre Peter.

—Exacto.

—Sobre él solo puedo decirte que yo he tenido la desgracia de conocerle. A la primera semana me hizo creer que íbamos a casarnos.

—¿Sabías que era viudo?

—Sí.

—Supongo que no te llevó ante el juez.

—¿Te hubiera molestado?

—No, pero por la forma que hablas de él, supongo que...

—Peter resultaba muy convincente. Bueno, no sé si era él convincente o las que me convencían y cegaban eran las ganas de salir del Bedding — hizo una pausa—. Me mostró varios *cottages* y me pidió que con mi dinero comprara uno para vivir siempre juntos en él. Era todo un nido de amor y, la verdad, me pareció de perlas.

—¿No hubieron recelos?

—No. El *cottage* que habíamos escogido sería inscrito a mi nombre.

—¿Dónde radicó la trampa, entonces?

—Que por tres mil dólares que me costaron años de recoger aquí, en el Bedding, compré una pequeña parcela rocosa que no vale nada y una chabola encima en la que no se esconderían ni las ratas.

—¿Hubo litigio?

—Consulté a un abogado, pero en cuanto vio mis documentos de propiedad, me dijo que valía más no entablara pleito. Los documentos estaban en regla y era la situación exacta del *cottage*. Cuando protesté a lo que yo debía haber comprobado antes de la compra a Gordon Clive...

—¿Gordon Clive?

—Sí, el corredor de fincas que Peter me recomendó.

—Ese tipo ya no te molestará más. Está muerto.

—Pues no puedo decir que lo sienta. Él se llevó mis tres mil dólares y yo ahora he de vender una parcela con una chabola que me costó tres mil dólares por tres o cuatrocientos dólares. Me enredaron como a una imbécil.

—Peter Young fue el cómplice de Gordon Clive, seguramente estarían de acuerdo.

—Me lo imagino, pero como yo entregué el dinero a Gordon Clive y delante de un juez de paz, que ratificó la escritura, de nada puedo acusarle, aunque me imagino que luego se repartirían las ganancias sudadas por mí.

—¿Y qué te dijo Peter?

—Que él en aquella chabola no podía vivir y que lo sentía por mí, pero prefería seguir siendo libre. Estuve tentada de arrancarle los ojos.

—Pero no lo hiciste, de lo cual me alegro. Ahora estarías en la cárcel.

—No sé qué es peor, si estar en la cárcel o aquí.

—Búscate otro empleo.

—¿Dónde, en Miami? —se rió limpiamente—. Si aquí hay diez chicas por cada hombre... Para buscar trabajo tendría que ir hacia el norte y el frío sienta muy mal a mis huesos.

—Bueno, tú y Peter dejasteis de veros, pero, ¿sabes algo más? ¿Qué hizo después de ti?

—No lo sé exactamente, pero una de mis compañeras me dijo que Peter

frecuentaba el Bondage Flower, un club hippy de esos que se estilan ahora.

—Creo que lo he oído nombrar. Debe estar al norte del Stadford Boulevard, al norte de Miami Beach.

—Sí, eso es. Dicen que anclaba mariposeando alrededor de la patrona, que es una chica joven que puso el club gracias a la herencia de su papá, que tuvo el buen justo de morirse a tiempo.

—¿Sabes el nombre de la chica?

—Se apellida Verner. Su nombre lo ignoro, pero la conocen por Fairy.

—¿Acaso es una duende?

—Quizá. Lo cierto es que Peter se ha ido a mariposear tras ella. No la conozco, puede que sea bonita, pero Peter solo va tras el dinero, y ella lo tiene...

—Bueno, pelirroja, no te molesto más. ¿Jugamos una partida a los dados?

—¿Urna partida de dados? Para, ¿qué vamos a jugar?

—Afuera tengo un «Cadillac» blanco descapotable. Es mío, lo ganó a los dados.

Ella lanzó un silbido.

—Diablos, todos los días no su habla, con alguien que tiene un «Cadillac» descapotable.

—Pues, te lo juego.

—¿A los dados?

—Sí, pero, hay condiciones.

—Ah, ya. ¿Dónde está la trampa? Ya me extrañaba que tú, siendo guapo, no fueras un tramposo coma Peter Young.

—Por favor, no me compares, con él. Yo soy el doble de granuja.

La pelirroja rió con limpieza. Hal Lester era un tipo singular.

—Vamos, desembucha. ¿Cuál es la apuesta en concreto?

—Te doy mi «Cadillac» a cambio de tu *cottage* —dijo burlonamente—, si yo pierdo, claro.

—¿Y si ganas?

—Entonces, tú te vas a tu *cottage*, por muy repelente que sea, y abandonas el Bedding.

—¿Abandonar el Bedding? ¿Y qué haría entonces?

—Podrías limpiar en alguno de los muchos hoteles que hay en Miami y vivir en tu *cottage*, claro que eso si pierdes, porque si ganas te llevas un «Cadillac» que no te costaría menos de cincuenta mil.

—De acuerdo, pero lo siento por ti, guapo, yo juego muy bien a los dados.

Lester extrajo los dados de su bolsillo y sopló sobre ellos, entregándoselos a la chica.

—Que tengas suerte.

—Lo siento por ti, porque no vas a encontrar quien te compre la birria

que me vendieron a mí.

—Haré lo que pueda, todavía los hay más tontos que tú. Ahora, tira. Lo hacemos a una sola jugada. Tengo prisa. Dos dados y gana el que obtenga más puntos.

—De acuerdo —asintió Myrna.

Arrojó los dados sobre la mesa y rezó a toda velocidad, ininteligiblemente, algo que lo mismo podía ser un sortilegio sacado de un libro de brujería que la más piadosa de las oraciones. Lester nunca lo supo.

—Seis y cinco, once. Buena tirada.

—¡Magnífico, cómo van a rabiarse las otras! ¡La pelirroja, con un «Cadillac» descapotable!

—Bien, si pierdo, el coche será tuyo, pero si gano, tú sales de aquí ahora mismo.

—De acuerdo —dijo ella, convencida de que, iba, a quedarse con el lujoso coche.

Lester tomó los dados y con seudopesimismo, ya que nunca parecía preocuparse gran cosa cuando jugaba, arrojó los dados con habilidad. Los cubos de marfil mostraron dos caras muy oscuras.

—Lo siento, preciosa. Seis y seis, doce. Te he ganado por un punto. Es difícil conseguirlo, pero así ha sido.

Myrna parpadeó incrédula. Luego, cogió al hombre por la solapa de la chaqueta e interpelló:

—¡Júrame por tu madre que no me has hecho trampas!

—Nunca hago trampas, y me molesta que duden de mí, pero si eso te hace feliz, te lo juro por la vieja que en paz descanse. Ah, y te regalo los dados para que los lleves como amuleto o los pases por rayos X para convencerte de que no están trucados.

—Imbécil de mí... Si tenía que acabar fregando suelos —gruñó, poniéndose en pie.

—¿No tenías ganas de abandonar el Bedding? —preguntó Lester, socarrón.

—Sí, pero veremos qué dice Agatha cuando le diga que me largo.

—¿Agatha es la de la puerta?

—Sí.

—Pues nos ha tocado un hueso duro de roer. Sin embargo, haremos lo que se pueda. Si te digo corre, hazlo hacia mi «Cadillac». Yo haré el resto.

—¿Vas a dejar que te rompan los huesos por mí?

—Si tuviera un par de algodones, me los pondría en las orejas para no oír los crujidos de mis huesos. En fin... Ah, y no te vayas a enamorar de mí ahora. No hay nada que hacer. Tengo esposa y siete hijos.

—Es una lástima.

Lester caminó delante y Myrna le siguió. Después de todo, nada dejaba atrás que pudiera valer algo.

cuando llegaron a la puerta de entrada, la taquillera, que había resultado la patrona de aquellas desgraciadas, enarcó las cejas.

—¿Adónde vas, Myrna?

—A mi casa. Terminó hoy en este empleo, cambio de vida.

—¿Quééee? Tú no puedes largarte.

—No lo había pensado antes, pero ahora estoy contenta y lo cierto es que ha sido por culpa de una apuesta con este hombre.

—Si se ha creído que va a llevársela, está listo, amigo.

La vieja debió pulsar algún botón con el pie, porque se abrió una puerta y aparecieron los tres negros.

—«Childish», a ver si dais una lección a este tipo que se lleva a una de mis chicas.

Los tres gorilas sonrieron. Aquello era pan comido para ellos.

—Márchate o te apalearán —advirtió Myrna, preocupada.

Todas las chicas habían visto palizas de las que se daban en especial a los clientes morosos y a los escandalosos.

—Ve adonde ya sabes. A estos niños les hace falta una lección.

—La lección te la van a dar ellos a ti, amigo —dijo Agatha, segura de sí.

Myrna vaciló antes de alejarse. Los tres negros se abrieron en semicírculo.

Como si estuviera delante de una conferencia de Prensa, Hal sacó su paquete de cigarrillos recién estrenado y lo tendió hacia ellos.

—Si gustan...

Los tres tipos se miraron entre sí. Ignoraban si Lester se burlaba de ellos o era un bendito loco que no sabía lo que se hacía.

De pronto, el que estaba en el centro se abalanzó contra Hal, con la intención de sujetarle. Más, solo aferró el aire y en cambio recibió un puntapié que le hizo gruñir al tiempo que clavaba sus rodillas en el suelo.

El de la derecha no tuvo mejor suerte, pues fue alcanzado por un golpe de «karate» sobre la nariz y entre los dos ojos, que le hizo bailar como una peonza.

El tercero consiguió golpearle con la maza que tenía por puño, pero Lester se repuso y, saltando sobre el mostrador, le dio un puntapié que lo tumbó de espaldas.

—¡Imbéciles! ¿Para eso os pago? —masculló la vieja, sorprendida por la reacción del ágil y no menos contundente Hal Lester, quien por último hundió la diestra en el bolsillo de su chaqueta.

—Creo que he repartido para todos, pero ahora, al que se mueva, lo frío y será en legítima defensa.

Amenazándolos con la pistola que parecía ocultar en el bolsillo, se alejó hacia el «Cadillac».

Al llegar a él, subió.

Puso el contacto y sacando la mano del bolsillo mostró un encendedor a los tres gorilas que quedaban algo lejos. Tranquilamente, prendió fuego al pitillo que ya tenía en la boca.

Los tres *bouncers* del Bedding, al verse burlados puesto que se creían encañonados por una pistola, corrieron hacia el coche, más éste se puso en marcha rápidamente, alejándose del lugar.

Casi boquiabierta, la pelirroja opinó:

—No he conocido nunca a un tipo como tú. Peter Young no te llega ni a la suela del zapato.

—Las comparaciones siempre me han resultado odiosas, muchacha. ¿Dónde quieres que te deje?

—Ay, si no fuera por tu mujer y tus siete hijos...

—Te he preguntado dónde quieres que te deje —insistió.

Hal Lester dejó a Myrna en el Lincoln Boulevard y tuvo que aceptar de ella un generoso beso.

Después, puso de nuevo en marcha el «Cadillac» y se dirigió al final de Miami Beach. La noche era ya cerrada, y era muy fácil que encontrara, a Fairy Yerner.

CAPÍTULO V

El Bondage Flower vibraba con las músicas sicodélicas que hacían saltar a los concurrentes como verdaderos simios, mientras en techos y paredes, potentes focos de los más diversos colores se encendían y apagaban con intermitencia.

El rostro de Hal, lo mismo desaparecía en la más absoluta oscuridad como quedaba rojo, verde o amarillo, según el foco que relampagueaba en aquellos instantes.

Avanzó entre los «*hippies*» y se dijo que él no se ponía una de aquellas indumentarias aunque lo ahorcaran.

—¿Busca algo, amigo? —preguntó alguien a su derecha.

—Sólo quiero hablar un poco con la patrona.

Un rayo de luz roja iluminó a aquel tipo que por su aspecto no debía, pasar hambre, pues se acercaría a los cien kilos, aunque resultaba algo más bajo que Hal, quien medía alrededor del metro noventa. Hal pensó que para ser aquel sujeto un ferviente pregonador de la paz, tenía cara de muy pocos amigos.

—¿Sobre qué?

—¿Eres acaso su papaíto o su chico?

—Es muy irónico —gruñó.

—Si sólo eres su guardaespaldas, avísala, de que quiero hablar con ella, en plan de amigos y date prisa. Llevo sueño atrasado y la cama me espera.

Aquel hombre que le miraba con hostilidad, masculló antes de alejarse:

—Si ha venido a buscar camorra, va a necesitar más escayola de la que pueda sacarse de una sola cantera.

A Lester le resbaló aquella amenaza. Los matones sin seso no le preocupaban demasiado. Sólo había que esquivar a tiempo sus golpes. Le inquietaban más los tipos fríos y de cerebro maquiavélico.

Hubo de fumar medio cigarrillo y contemplar a barbudos y chicas mugrientas antes de que se le acercara de nuevo el tipo de los cien kilos.

—Fairy dice que le aguantará unos minutos. Sígame.

—Muy amable —indicó Lester siguiéndole sin dejar de fumar.

Hal Lester fue introducido en una especie de despacho quedamente iluminado por luces indirectas.

Estaba decorado con multitud de objetos de piel labrada y lleno de

flores por todas partes hasta la exageración, flores que no gustaron a Lester; eran de plástico.

—Me han dicho que quería charlar conmigo —dijo una voz femenina de timbre muy agudo.

Hal miró hacia el mullido sofá.

Acomodada con pereza, una chica bastante joven, de cabellos rubios y largos. Vestía blusa y un pantalón floreado sobre fondo oscuro. A Lester le pareció bastante hermosa.

—Sí, pero no he venido a hablar a un auditorio —dijo refiriéndose al tipo que la protegía.

—Budy, espera afuera.

El tipo gruñó. Antes de marcharse, dijo:

—Si te molesta solo tienes que llamar, Fairy.

Lester no le hizo el menor caso y cuando se quedó a solas con la mujer se acomodó en el brazo del sofá.

—Tú no eres de los nuestros —dijo ella mirándole a los ojos.

—¿Se me nota? —preguntó socarrón.

—Desde luego. No parece tan ridículo como los otros.

—Vaya, tú tampoco eres una «hippie» muy convencida.

—Yo solo soy una chica a la que gusta la libertad total, el negocio traducido en dólares y los hombres como tú. —Hizo un runruneo más propio de una gata en época de celo y agregó—: Acércate, estás demasiado lejos.

—A mí me parece que estoy demasiado cerca —replicó él sin moverse.

—¿Te doy miedo? —preguntó burlona.

—Tú no.

—¿Entonces?

—Me doy miedo yo mismo. En fin, solo he venido a hacerte unas preguntas.

—¿Sabes que me pareces un sabueso?

—Y si lo fuera, ¿te molestaría?

Ella, segura de sí, repuso sonriente:

—No. Tengo todos los libros en regla, y mi local está permitido.

—Creo que tu local tendría que estar en un apartado del zoológico donde rezara: «Sub-homos sapiens».

—Muy chistoso. ¿Te crees mejor que ellos?

—Yo no he venido a discutir eso. Por el simple hecho de ser humanos, siempre he pensado que somos imbéciles.

—Vas a salir hecho todo un filósofo, un sabueso filósofo.

—No he dicho que fuera un sabueso.

—Yo entendí...

—Pues te equivocas, no pertenezco a la policía. Sólo busco a un amigo que se ha extraviado.

—¿Y cómo se llama?

—Peter Young.

—Vaya, el «gigoló» ese.

—Me han dicho que andaba mariposeando tras de ti.

—Sí. Olió mi dinero.

—Pero, ¿no hubo entendimiento?

—Por supuesto que no. Peter es un chico muy guapo, muy atractivo, pero hay que ser tonta para no ver sus intenciones bien a las claras. Ha conocido muchas mujeres, pero solo va tras ellas en busca de su dinero. Se aprovecha de su atractivo físico, de su piel regularmente tostada, para ir dando flechazos y luego timando a mis congéneres.

—¿Y qué sucedió contigo?

—Pues no era un «hippie» convencido. Son pocos los que verdaderamente están fanatizados por su movimiento floral y de demanda de la paz. Los demás siguen por «snobismo», por gastar dinero o por ganarlo fácilmente.

—¿Cómo tú?

—No vendrás husmeándome a mí con el pretexto de buscar a Peter Young, ¿verdad?

—No. A ti solo podrían husmearte los federales. Seguro que tienes estupefacientes.

—¿Se lo vas a contar a los federales? —inquirió burlona.

—No. Ellos ya lo sabrán, mejor que yo, pero seguramente os consideran peces chicos. Si os cortan el suministro os convertiréis en buenos chicos que es lo que sois después de todo.

—Parece que estás de vuelta de todo —dijo sinuosa estirándose maliciosamente en el sofá.

—No me quejo de la vida, pero siempre he procurado no indigestarme con los excesos.

—¿Quién te dio ese consejo, tu mamáita?

—No, un pajarito que se llama sentido común. Ahora, volvamos a Peter Young.

—Bah, es un tipo solo fachada. Tú pareces más interesante.

—Recuerda lo de las indigestiones.

—¿Acaso no soy bonita?

—Demasiado, pero como dice el teniente Brooks, durante las horas de servicio nada de vicios.

—¿Estás de servicio?

—Sí. Soy un detective privado.

—Ya. Eres un tipo interesante.

—Lo que a mí me interesa es Peter Young, su paradero. Ando buscándolo contratado por su hija.

—¿Por su hija? Ignoraba que la tuviera. ¿Es guapa? —Antes de darle

tiempo a responder, hizo una nueva pregunta—. ¿Más bonita que yo?

—Tiene nueve años.

—Acabáramos... Vaya con Peter Young. Tiene una hija, desaparece y la niña contrata a un detective priado para buscar a su querido papá. ¿Y te pagará ella... cuando lo encuentres?

—Ese es asunto privado. ¿Tienes algo que decirme?

—Sí, voy a ayudarte, pero cuando acabes el caso, si quieres venir aquí buscando compañía, me encontrarás.

—Es una suerte contar con amigos en todas partes.

—Pues a Peter le dieron una paliza. Se lo advertí, pero se puso tonto.

—¿Tus muchachos lo vapulearon?

—¿Serviría de algo decir que no?

—No, no busco querellas al respecto, solo deseo conocer su paradero. Claro que si tus muchachos se pasaron de rosca y dejaron a Peter Young en cualquier agujero para criar malas...

—No, Peter se marchó por su propio pie y de eso hace algunos días. Peter tomó otro objetivo llamado Pamela Morrison.

—¿Morrison? ¿No son los que tienen la mansión del acantilado, los propietarios de los astilleros de yates de recreo Morrison?

—Sí. Pamela Morrison es la nuera de Úrsula Morrison, la verdadera dueña de los billetes.

—Y el hijo de la señora Morrison, ¿qué pinta en todo esto?

—Es un cretino gigante y no es un insulto, sino un diagnóstico médico. Imagínate a un niño de cinco años con el cuerpo de uno de treinta.

—¿Puedo decir entonces que Pamela Morrison se casó con él por interés?

—Sí y Peter la rondaba a ella por lo mismo, aunque supongo que verterá en sus oídos acarameladas frases de amor. Ella solo tiene ansias de disfrutar de la vida.

—Muy interesante. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace cinco noches. Corría con mi auto por la carretera y al borde de la misma sorprendí un coche. Dentro de él había una pareja muy amartelada. Él era Peter y ella Pamela Morrison, la conozco bien. Cuando mi padre vivía solía asistir a las fiestas de la alta sociedad que a mí me aburrían soberanamente.

—Entonces, ya puedo largarme. No es que haya sacado mucho en limpio, pero sí lo suficiente para seguirle la pista a Peter Young. Sin embargo, te agradecería que me dijeras si andaba metido en líos.

—Que yo sepa, solo en líos de faldas, por dinero, claro. Creo que Peter solo es capaz de amarse a sí mismo.

—¿No puede él haber intervenido en algo de estupefacientes, o tener alguna cuenta pendiente con alguien de Detroit?

—¿Y por qué de Detroit?

—No sé, se me ha ocurrido de pronto.

—Pues no sé, solo que su nueva víctima era Pamela Morrison. Para ella que está casada con un cretino, Peter Young es el «súper-homo sapiens».

—¿Y para ti, que estás rodeada de esos tipos que he visto afuera?

—Para mí, el «súper-homo sapiens» eres tú, y aún yo sé cómo te llamas —dijo poniéndose en pie perezosamente.

—Hal.

El hombre hizo intención de alejarse hacia la puerta. Parecía tener prisa, pero en dos saltos, la chica le cortó el paso aplastando su hermosa espalda contra la madera.

—¿Te marchas tan rápido?

—Como diría un sabueso de la policía, el interrogatorio ha terminado.

—Pero tú no eres de la policía y puedes permitirte ciertos márgenes.

—¿Cómo cuáles?

Ella le rodeó el cuello con sus brazos desnudos de piel tostada. Lo besó sibaríticamente en los labios y cuando la caricia hubo terminado, preguntó con los ojos entornados:

—¿No puedes permitirte el lujo de besar a una mujer en tus horas de trabajo?

—Sí, ¿por qué no?

La enlazó por el talle y ahora fue Fairy Verner la que se dejó besar.

CAPÍTULO VI

La pequeña Priscila dio un brinco y abrió los ojos desmesuradamente, unos ojos grandes y oscuros sobre los cuales caía el espeso flequillo.

La niña parpadeó.

¿Aquel ruido que había oído, sería real o producto de una pesadilla?

A su alrededor, oscuridad. Sólo el halo plateado de la luna penetraba por la ventana. Shirley Young dormía en la habitación contigua y la pequeña podía oír su respiración acompasada.

Volvió a escuchar el ruido y ahora tenía los ojos tan abiertos, no cabía duda, no se trataba de ningún sueño.

Priscila no era ninguna chiquilla miedosa. Se había acostumbrado a pasar muchas noches sola en casa, debido a la forma de vida de su padre desde que la madre muriera en un accidente de circulación.

Pasó al saloncito comedor y pudo cerciorarse de que el ruido provenía de la puerta. Con los pies desnudos, corrió hacia la alcoba de su joven tía, despertándola.

—¿Eh, qué te sucede, Priscila? ¿Ha regresado ya tu padre?

—No, pero hay alguien que trata de abrir la puerta.

Esta vez, la que brincó sobre el lecho fue Shirley. Sus ojos también eran grandes y expresivos.

—¿Estás segura? —inquirió poniéndose una bata rápidamente.

—Sí. ¿No oyes tú el ruido que hacen en la cerradura?

Shirley miró a la niña preocupada y se sorprendió de que ésta no sintiera verdadero pánico y que no se pusiera a llorar.

—Llamaremos a la policía. Quizá pase cerca de aquí un coche patrulla y pueda ayudarnos.

Tratando de no hacer ruido y tras comprobar que las palabras de la niña eran ciertas, a oscuras, solo con la claridad lunar que penetraba por la ventana, se dirigieron al teléfono y Shirley comenzó a marcar unos guarismos.

—Dios mío, no hay línea...

—En las películas, cuando los ladrones asaltan una casa cortan el hilo telefónico.

—No seas ave de mal agüero, Priscila —amonestó Shirley aunque se daba cuenta de que, efectivamente, habían cortado el hilo telefónico.

—En la mesita de noche de papá hay una pistola. Papá siempre la deja

ahí por si acaso. Puedes cogerla.

—¿Yo, una pistola? —repitió tragando saliva la hermosa licenciada en Filosofía.

—¿Tienes miedo? Nos van a asaltar.

—Sí, será mejor que coja la pistola. Por lo menos servirá para amenazar al sujeto que quiera entrar forzando la puerta.

Iban a dirigirse a la habitación de Peter Young, más ya no hubo tiempo.

La puerta se abrió en aquel instante y un cono de luz, como ojo diabólico, traspasó las tinieblas del *cottage* barriéndolo con sus fotones a impulsos de la mano del visitante nocturno.

Shirley tiró de la niña y se acurrucó tras el brazo del sofá. Podía resultar un escondite si aquel tipo no husmeaba demasiado.

Las dos Young no tuvieron suerte. El cono de luz les dio de lleno en la cara, cegándolas.

Se escuchó una leve y maliciosa risita.

—Vaya, estáis aquí, guapas.

—¿Qué pretende, robar? —inquirió Shirley con un hilo de voz y sin conseguir ver al visitante que la cegaba con su linterna.

—Si tenéis algo de valor, no voy a despreciarlo —dijo la voz varonil.

—Será mejor— que se marche o lo meterán en la cárcel por allanamiento de morada y robo.

El hombre rió. Parecía burlarse de la situación.

Todo era muy sencillo. Frente a él, solo dos mujeres, mejor dicho, una y una niña que no le daría problemas.

—He venido a llevarme a la niña.

—¿A la niña? ¿Por qué? ¡No voy a consentirlo!

—Mejor será que cierres la boca, preciosa, o vas a lamentarlo. Os estoy apuntando con una pistola.

De pronto, Priscila echó a correr hacia la habitación de su padre. El tipo soltó una imprecación.

—¡Ven aquí!

Corrió tras la pequeña alcanzándola antes de llegar a la mesita de noche. Al volverse el hombre, alzando a la niña en el aire cogida por el camisón, descubrió a Shirley que llegaba a la puerta de la calle en un desesperado afán de pedir auxilio.

—Si das un solo paso más o gritas, mando a la niña al infierno —gruñó amenazador.

Shirley se contuvo.

—¡No le haga nada a la niña!

—No, si vienes hacia acá.

Desanimada, Shirley anduvo hacia el hombre. Estaban perdidas, era cierto que él tenía una pistola en la mano.

Al pasar junto a una lámpara de pie, tiró de la cadencia y la luz

iluminó la escena.

El tipo vestido de oscuro con sombrero inclinado sobre el rostro estaba junto a la puerta de la habitación, sujetando a la niña al tiempo que aplicaba su pistola sobre la cabeza infantil.

—¿Por qué has encendido la luz?

—Quería ver la cara de un criminal. ¿Dónde está mi hermano? Porque esto tiene algo que ver con su desaparición, ¿verdad?

—No hagas más preguntas, no pienso, responderlas. En cuanto a verme la cara, no has tenido, suerte...

Era cierto. Aquel individuo ocultaba su rostro tras la fina malla de una media de nylon.

—Si secuestra a la niña lo electrocutarán —advirtió Shirley—. Nos acogeremos a la ley de Lindbergh.

—No digas tonterías. No pienso pedir rescate alguno por la cría. — Mientras empujaba a Priscila, que se debatía inútilmente tratando de escapar, agregó—: Busca todo lo que haya de valor en la casa y dámelo, sobre todo dinero, y rápido, tengo prisa.

—¿Y si me niego?

El tipo de la cara cubierta abofeteó a Shirley sin piedad ladeándole la cabeza de un lado a otro con violencia.

—Con la niña será peor.

Shirley tuvo que obedecer, aunque ignoraba lo que podía haber de valor en aquella casa.

Mientras la joven buscaba, el sujeto mantenía como rehén a la niña.

De pronto, una mano inesperada se apoyó sobre su hombro.

Sorprendido, giró la cabeza. Sólo vio una cosa oscura que hizo bailar dentro de su cráneo galaxias enteras. La cosa oscura era el puño de Hal Lester.

—¡Dale fuerte! —arengó Priscila mientras Shirley corría hacia la puerta de la habitación, excitada y a la vez más tranquila por la aparición del detective cuando su situación resultaba más que crítica.

Aquel tipo no soltó su pistola en el primer instante y Lester estuvo a punto de recibir un balazo.

El D. P. propinó un certero puntapié a la mano armada y la pistola saltó por el aire. Una vez en el suelo, fue recogida rápidamente por Shirley Young.

Lester dio a probar sus puños en ración pródiga al visitante de las féminas.

Aquel, tipo gruñó de dolor varias veces al sentir su estómago aplastado. Por último, rodó por encima de una butaca al ser alcanzado de lleno en la boca.

Intentó huir, pero Lester le cortó la retirada, con una zancadilla que dio con el fracasado raptor en el suelo. Una vez en él, Lester caminó hacia

Shirley tomándole la pistola de la mano.

—Será mejor que no trate de escapar, amigo. Le haría un par de agujeros y no habría fiscal que pudiera imputarme homicidio ni en último grado.

—No dispare, no huiré.

—Eso está bien. Priscila, cierra la puerta. No quiero que eliminen a este pájaro.

—¿Ves, tía Shirley cómo valía la pena contratar si mejor de los detectives privados?

Shirley no respondió a su sobrina. Le molestaba tener que reconocer lo que en su fuero interno ya había reconocido.

Lester cacheó a su prisionero, sacándole un juego de ganzúas y una navaja automática que no había llégalo a emplear en la pelea.

—Ya puedes ponerte en pie.

En la lucha, el desconocido había perdido su sombrero, pero conservaba la malla que le cubría el rostro, aunque en el lugar que correspondía a la boca, estaba manchada de sangre, produciendo un efecto siniestro.

—Además de robar trataba de llevarse a la niña —explicó Shirley.

—Y antes de entrar ha cortado el hilo del teléfono para que no pudiéramos llamar a la policía —agregó la pequeña Priscila.

—Veamos quién eres...

Lester arrancó la máscara de nylon que desfiguraba las facciones del asaltante, mientras lo encañonaba de cerca por si se le ocurría reanudar la pelea. Por aquella noche, Hal Lester ya había trabajado demasiado con los puños.

—Yo solo quería asustar a la pequeña...

—Vaya, si es Simón Lewis, «Uglychild». Has hecho bien en cubrirte la cara, porque cualquiera que te viera te reconocería a una milla de distancia.

—Déjame marchar, Lester. No he conseguido nada, después de todo. He fallado en el golpe.

—Pero, ¿se conocían? —inquirió Shirley, sorprendida.

—En esta ciudad, los policías, los detectives privados y los bribones como Simón Lewis nos conocemos todos un poco.

—Es verdad —corroboró Priscila— el teniente Brooks conocía al señor Lester.

—No irás a entregarme, ¿verdad? Puedo ayudarte en otras ocasiones.

—Desembucha primero y luego veré lo que hago —advirtió Hal empujándolo contra un sillón en el que aquel tipo quedó encajado y encañonado por el arma que si bien era suya, ahora estaba en las manos del detective privado.

—Sólo soy un peón en este asunto.

—¿Cuánto te han pagado?

—Dos de los grandes.

—¿Quién?

—No lo sé.

—No te hagas el imbécil, «Uglychild» —le advirtió poniendo el cañón de la pistola entre sus dos ojos.

—¡Te juro que digo la verdad!

—Eso lo comprobaré por mí mismo, y si has tratado de tomarme el pelo, serás acusado de rapto y no te aseguro un largo porvenir. Ya sabes cómo las gastan los tribunales federales con el asunto de los raptos.

El tal Simón Lewis tragó saliva dificultosamente mientras Shirley y la niña lo observaban. Aquel sujeto era feo, con rostro más que chato, aplastado, faltándole un diente y ligeramente estrábico.

—La verdad es que tú no tienes cerebro para planear nada.

—Me han contratado. Yo creí que sería un trabajo fácil y bien pagado. Me habían prometido que no habría sangre.

—Primero, empieza por el principio. ¿Cómo trabaron contacto contigo?

—En el billar de Farrow, junto al muelle grande.

—Lo conozco. Sigue.

—Me advirtieron que alguien me llamaba por teléfono.

—¿Y qué te dijeron?

—Que si quería ganarme fácilmente dos mil dólares.

—Por supuesto, aceptaste de mil amores. ¿Dónde te citaron?

—En un restaurante flotante. Un tipo con barba, gafas oscuras y mucho pelo en el cogote. Le cubría casi hasta las mejillas, pero como están tal al día los pelos largos, la gente no reparó en él.

—¿Quieres decir que supones iba camuflado con su barba, las gafas y el pelo?

—Yo creo que hasta llevaba peluca.

—¿No puedes decirme algo que lo identifique?

—No, hasta llevaba guantes de conducir automóvil. No pude verle ni las manos.

—Bien, trataremos de encontrar a ese tipo. Ahor dime qué te propuso.

—Que esta noche raptara a la niña con mucho cuidado. A mí me olió mal todo esto, pero él me dijo que no era nada serio, que se trataba de ejercer presión sobre un tipo y que no pediría rescate alguno. Si lo hacía bien, ni la policía se enteraría de la desaparición de la niña que me advirtió estaba sola. A mí me ha sorprendido encontrar a esta otra mujer.

—Es que he llegado esta mañana. Soy la tía de Priscila.

—Pues vaya tía más...

—Cuidado, «Uglychild», eso solo puedo decirlo yo. Tú a responder.

¿Qué instrucciones te dio ese tipo?

—Que me llevara a la niña y aguardara con ella en la milla doce de la carretera mil treinta y cinco.

—¿Y una vez allí?

—Pues, no tenía que hacer preguntas. Abrirían el portaequipajes del coche que llegaría conducido por el mismo tipo de las barbas y meteríamos a la niña dentro. Yo cobraría y asunto concluido.

—Y cubriéndote la cara con la malla de nylon y nadie iba a relacionarte con la desaparición de la niña.

—Así es.

—Canalla, te voy a partir la cara hasta que a mí se me rompan los nudillos de los dedos.

—¿Va a ensañarse con él? —preguntó Shirley, dispuesta a reprobar la actitud del detective privado.

Lester sonrió mordaz.

—No, voy a hacer algo más práctico. Llevaré a este pájaro al teniente Brooks y él que decida lo que hay que hacer.

—Habíamos hecho un pacto, Lester —recordó el bribón asustado.

—Sí, y suerte tendrás si la niña y la intelectual en salto de cama no te hacen cargos.

—¡Su posición no le da derecho a burlarse de mí! —protestó Shirley.

—Si se trataba, una broma, tía. El señor Lester es muy simpático.

Shirley Young estaba agradecida a Lester y a su oportuna intervención, pero de buena gana hubiera borrado la sonrisa burlona de sus labios con una sonora bofetada.

Había algo que la intrigaba y se decidió a preguntar:

—¿Cómo ha llegado tan oportunamente, señor Lester?

El detective sonrió.

—Iba a telefonar para preguntarles si sabían algo respecto al paradero de su hermano, y me ha extrañado que el teléfono no diera señal alguna. He decidido venir a comprobar lo que ocurría personalmente. —Hizo una pausa e inquirió—: ¿Hay alguna pistola en la casa?

—Sí, yo he tratado de cogerla de la mesita de papá, pero ese forajido no me ha dejado llegar hasta ella.

—Ve a buscarla, pequeña, pero ten cuidado con ella.

—Sí, enseguida.

La niña corrió hacia la habitación de su padre y al poco regresó con una reluciente P-38 modelo de lujo, que entregó al detective.

—Bien, servirá, —Comprobó el cargador que estaba: completo y luego la lanzó al aire en dirección a Shirley que la recogió al vuelo.

Simón Lewis quiso aprovechar que la atención de Lester estaba desviada hacia la muchacha y se arrojó de cabeza, alcanzando de lleno el estómago del detective.

Le hizo dar un traspié y acto seguido, corrió como un diablo hacia la puerta con el afán de desaparecer.

Sonó una detonación y el fugitivo profirió un gruñido de dolor cayendo de bruces.

Ya en el suelo, se sujetó la pierna, perforada limpiamente por la bala que le había impedido escapar, que hacía brotar de su boca mil exabruptos distintos.

—Lo ha hecho bastante bien —aplaudió Lester mirando a Shirley que tenía la P-38 todavía en la mano y de la cual escapaba una ligera columna de humo.

La joven, verdaderamente asustada, balbució:

—¡Si yo no he hecho nada, la pistola se ha disparado sola!

—Pues ándese con cuidado cuando la guarde bajo la almohada hasta que venga algún agente del teniente Brooks a proteger la casa —replicó Hal Lester irónico, sin poder evitar admirar la belleza de aquella chica llamada Shirley Young.

CAPÍTULO VII

Lester, conduciendo su «Cadillac», se acercó a la milla doce de la carretera mil treinta y cinco. Un «Ford» negro, modelo sesenta, aguardaba, orillado en el asfalto.

Hal aparcó detrás del «Ford» y por la ventanilla de éste asomó la cara preocupada de Simon Lewis. No había confusión posible.

De pronto, de unos matorrales cercanos, salieron el teniente Brooks y dos agentes uniformados y armados con rifles de precisión.

—¿Por qué se planta ahora ahí en medio? —gritó oficial de la Metropolitana de Miami.

Porque ya ha pasado el plazo, teniente, y usted lo sabe. Esos tipos no vendrán. Se han olido el mochuelo.

El teniente Brooks hizo una mueca de desagrado y bajó la cabeza un tanto vencido.

—Sí, es cierto, Simon Lewis no nos ha servido como cebo. Si las chicas quieren formular cargos contra ese imbécil, lo entregaremos a las autoridades federales para que se ocupen de él por intento de rapto a una menor.

Las palabras del teniente fueron oídas por el propio Simon Lewis que sacaba su cabeza por la ventanilla. Este se apresuró a protestar:

—¡Eh, Lester, acuérdate del trato! ¡Yo les he ayudado cuanto he podido, no es culpa mía que no haya habido suerte!

Hal miró al oficial de la policía y dijo:

—Mi cliente no presentará cargos contra él, pero sería bueno que lo metiera entre rejas unos días para que se le despeje la cabeza.

—De acuerdo. —Brooks se volvió hacia sus subordinados—. Llamen al coche patrulla para que se acerque. La misión ha terminado.

Con un pequeño transmisor portátil, la llamada fue efectuada en el acto mientras uno de los agentes uniformados se preocupaba de esposar a Simón Lewis que ya se las prometía felices al saber que sólo estaría unos días en la celda de la estación de policía y su problema no pasaría a mayores.

El mismo agente se cuidó de sacarle las esposas que sujetaban su tobillo al embrague del coche, estropeado de antemano para que Lewis no pudiera huir.

Por la carretera, en dirección contraria a la ciudad se aproximó el coche patrulla con la sirena muda.

—Teniente, hay noticias de la estación —advirtió el agente del coche patrulla.

Brooks tomó el teléfono comunicador y habló con la estación, comunicando después a Lester:

—Han encontrado el «Pontiac» al cual disparó. Tenía varios balazos. Le dio bien.

—¿Hay huellas de sangre?

—No creo que las encuentren. El coche está dentro del mar y ha tenido que ser sacado por una barcaza grúa.

—Era de esperar. ¿Han averiguado de quién es?

—Sí.

—Creí que sería robado.

—Por lo visto, todavía puede serlo. Las placas estaban arrancadas y el número del motor limado, pero han encontrado el número de varias piezas y mis muchachos se han dado prisa en comunicarse con la fábrica. Han conseguido el número del motor y por éste, el de las placas que no estaban.

—¿El nombre?

—Úrsula Morrison.

—¡Diablos! —exclamó Hal.

—¿Le sorprende?

—No creí que llevara un camino tan certero.

Al expresar aquella opinión de sí mismo, el teniente Brooks parpadeó y preguntó:

—¿Sabía algo sobre esa mujer?

—Iba ahora mismo a interrogarla, es decir, a su nuera Pamela Morrison.

—¿Interrogarla, por qué?

—Mis últimas averiguaciones son que el desaparecido Peter Young frecuentaba la amistad de Pamela Morrison.

—Pero, no es motivo suficiente.

—Sí, lo es, Pamela Morrison está casada con el hijo Úrsula Morrison. Según mis informes, un desgraciado mental, un cretino sin posibilidades de recuperación.

—¿Quiere insinuar que la vieja Morrison, la dueña de los astilleros Morrison y la mansión del acantilado ha hecho eliminar a Peter Young para que éste dejara tranquila a la esposa de su hijo?

—Podría ser, pero me temo que la situación está algo más complicada. Sin embargo, hablaré con la familia Morrison. Puede que saquemos algo en limpio.

—Sí. Por supuesto, no tengo autorización judicial era meterme en la

casa de los Morrison ni pienso comer semejante tontería.

Úrsula Morrison es una rica que sabe cuáles son los resortes de la justicia y soltaría a toda su jauría de abogados para devorarme.

—Hagamos solo una visita de tanteo. Después de todo, usted, tiene motivo. La aparición del «Pontiac» le da pie para esa visita.

—Sí, pero hay que ir con pies de plomo.

—¿Qué le parece si vamos los dos juntos?

—¿Juntos? —repitió Brooks extrañado.

—Yo pensaba tantear por mí cuenta, pero recuerde que en este caso vamos a medias, teniente.

—Bien. Yendo con usted, Lester, me juego el puesto, pero seguiré adelante. Al fin y al cabo, aún estoy indeciso.

—¿Sobre la jurisdicción del caso?

—Sí. Por ahora podemos considerarlo una desaparición y si se encuentra el cadáver, como un homicidio, pero si hubiera algún chantaje, amenaza o petición de rescate, aunque no sea en dinero contante y sonante, debería pasar el caso a las autoridades federales. Es el reglamento.

—Bien, pero antes veamos qué podemos hacer nosotros. ¿En marcha, teniente? Iremos en mi carro. A los «Cadillac» los dejan pasar por todas partes y no creo que la policía se gaste el dinero de los contribuyentes en comprar autos de lujo.

El teniente lanzó uno de sus habituales gruñidos y sin despreciar uno de los caros cigarrillos que le tendía Lester, se encaminó al «Cadillac» tras dar las órdenes oportunas a sus hombres para que regresaran a la estación de policía.

La mansión de los Morrison estaba situada en lo alto de un acantilado que parecía cortado a pico y entre cuyas rocas anidaban las gaviotas. Abajo, un mar suave, azul, atractivo y muy transparente.

En el lugar más inaccesible del acantilado, en su parte baja, a la que solo podía llegarse por mar, había un embarcadero construido con hormigón aprovechando unas hendiduras.

De aquel embarcadero solo podía salirse en barco, nadando por lo menos una hora hasta encontrar la playa de Miami, o en el ascensor exterior que subía perpendicular por el acantilado hasta el mirador que los Morrison tenían sobre el vacío, mirador circundado por una recia baranda de acero y que protegía todo el abismo en los límites de la regia, pero ya algo antigua mansión.

Los Morrison no eran nuevos en Miami.

Pesaban mucho en la ciudad, pues ya hacía varias generaciones que se habían establecido en aquel lugar en especial y recogido que semejava una atalaya desde la cual admirase la alegre Miami.

Los Morrison no eran personas muy queridas en Miami, pero sí

toleradas por lo que significaban y el poder del que siempre había gozado.

El «Cadillac» quedó detenido frente a la verja que unía el muro sito e insultante que circundaba toda la posesión hasta terminar en el acantilado inexpugnable.

Los mastines se alzaron de patas para meter sus cabezas entre las rejas mientras ladraban ruidosamente.

—¿Qué desean? —inquirió el portero, un tipo ya viejo y con cara de «bulldog».

—Ver a las señoras de la casa.

—¿Tienen cita?

—No, pero soy el teniente Brooks de Homicidios.

—Un momento. —El portero llamó por el intercomunicador. Luego dijo —: Pueden pasar.

Sujetó a los perros con una cadena y franqueó la gran verja para que el «Cadillac» se introdujera en el camino particular.

—Sigan la carretera. Las señoras están junto a la piscina.

Lester condujo el «Cadillac» hasta la piscina, que también era de factura antigua aunque muy grande y lujosa.

Detuvo el coche junto a los otros tres que habían en el pequeño «parking» privado, cubierto con tejado artificial ondulado para protegerlos del intenso sol.

En una tumbona al borde de la piscina, y sin protección contra el sol, tomándolo con generosidad, ya que utilizaba un mini-bikini, una mujer de casi treinta años, pero muy favorecida por la madre naturaleza en cuanto a encantos femeninos se refería.

Cerca, delante de una mesa y sentados en un sofá balancín cubierto con lona floreada, una vieja reseca y estirada que mantenía a su alcance unas muletas de aluminio y un tipo vestido de blanco y con cara sonriente que bebía de una copa grande.

Debajo de la mesita, a cubierto del sol y la lluvia, había un intercomunicador, aparatos extendidos a todo lo largo de la casa, pues la propietaria, Úrsula Morrison, deficiente de piernas, quería estar siempre al corriente de lo que ocurría en cualquier parte de la mansión.

—¿Cuál de los dos es el teniente? —preguntó sin tratar de mostrarse amistosa.

—Un servidor, señora —dijo el teniente Brooks—. Él es mi amigo Hal Lester, detective privado...

—¿Y qué quieren de los Morrison? —preguntó directamente.

—En principio, notificarle un hallazgo.

—No será un cadáver, ¿verdad? Ustedes, los de homicidios, tienen bromas muy pesadas y si yo las aguanto, mi nuera Pamela es muy sensible, de modo que les agradecería dijeran lo que les ha traído aquí y se marcharan cuanto antes. Estoy tratando de asuntos financieros con mi

administrador el señor Smith.

El tipo del traje blanco saludó sonriente.

Lester trató de verle las orejas, pero no lo consiguió. Smith tenía mucho pelo cubriéndoselas.

—Señora Morrison, han sacado un automóvil del fondo del mar.

—¿Y qué, teniente?

—Pues que el coche le pertenecía a usted. Era un «Pontiac» negro.

—¿Un «Pontiac» negro? —hizo ademán de recordar la vieja.

—Hemos comprobado las numeraciones del motor. Estaba sin placas y es de su propiedad, no cabe duda.

—Ah, sí, ya recuerdo.

—Me satisface que así sea —repuso el teniente Brooks.

Mientras, Hal Lester admiraba la belleza exuberante de Pamela Morrison, la cual tenía un aspecto grave. Parecía dolida por algo y sus ojos estaban enrojecidos.

—Señora Morrison, ¿el «Pontiac» no es ese automóvil que le robaron en el vecino estado de Georgia?

—Sí, sí, claro, mi administrador tiene razón —dijo un poco más amable la anciana Úrsula, de ordinario adusta y autoritaria.

—¿Y dice que se lo robaron en Georgia?

—Sí, lo llevaba mi propio administrador. ¿No es cierto, Smith?

—Sí, y oportunamente di parte a la policía. No sé si habrán archivado la denuncia o quizá hubiera un mal entendido por teléfono. Por supuesto, no insistí, ya que tenía prisa por regresar a Miami donde la atención de la señora Morrison me reclamaba.

—Sí, inmediatamente de su llegada me lo comunicó, pero no le di demasiada importancia. La fortuna de los Morrison no saldrá perjudicada por un automóvil más o menos.

—Pero es que ese coche robado tiene algo muy especial, señora Morrison.

—¿El qué, teniente? ¿Acaso el que se haya encontrado aquí en Miami en vez del lugar donde fue robado?

—No, señora Morrison —respondió el teniente Brooks tratando de ser cauto con aquella vieja que le parecía una víbora al acecho.

—¿Será, acaso que ha podido identificar a los ladrones? —preguntó sonriente el administrador, un tipo de frente despejada, cara redonda y bigote entrecano que representaba unos cuarenta años.

—No, lo que el teniente trata de decirles es que el coche tenía varios balazos y que esos balazos se los hice yo mismo hará un par de noches cuando asesinaron a un hombre.

—Caramba —exclamó Smith— no se anda usted por las ramas.

—Teniente, ¿es usted el policía o él?

—Señora, soy detective privado y llevo el caso de una desaparición.

Colaboro con la policía, y, a veces, me gusta puntualizar las cosas.

—A mí me parece que es usted un insolente. Uno de esos tipos que si no se ponen al otro lado del margen de la ley es porque reciben un carnet que les autoriza a fisgar en las vidas ajenas —gruñó la vieja.

—Por favor, por favor, no se molesten —dijo Smith, poniendo paz.

—Sí, será lo mejor, pero a mí me interesa saber algo más sobre el coche hallado. Comprenderá que todos los días no se encuentra un coche acribillado a balazos.

—Eso pregúnteselo a su amigo el detective privado. Si él fue quien disparó, quizá sea cómplice de los ladrones del coche.

—O usted cómplice de los que iban dentro del auto y que cometieron el homicidio. Creo, señora Morrison que su situación es mucho peor que la mía.

Ante el desparpajo con que Lester le respondió, la anciana se puso en pie colérica, sosteniéndose con las muletas, pero con más energía en su interior que la que hacía falta para mover un cubo de granito de cinco pies de alto.

—¡Es usted un insolente y ahora, largo los dos de mi casa! Si quiere pleitos, búsquense una orden judicial y yo le enviaré a mis abogados. ¿Lo ha entendido, teniente?

—Sí, señora Morrison, pero sería mejor que todos colaboráramos en este caso. Un hombre ha desaparecido —indicó Brooks.

—Y yo lo ando buscando —agregó Lester.

—A mí me importa muy poco quien aparezca o deje de aparecer. ¡Fuera he dicho! —Y señaló con sus muletas hacia el coche.

—Un momento, señora. Antes quisiera hacerle algunas preguntas a Pamela Morrison —dijo Lester aproximándose al borde de la piscina.

La vieja gritó:

—¡No hará más preguntas!

—Señora Morrison, quien decide si ha de responder soy yo, no usted —replicó Pamela, incorporándose en la tumbona.

—¡Eso será fuera de mi casa! —gruñó la suegra.

—Como usted quiera —replicó Pamela, poniéndose en pie.

Hal Lester contuvo un silbido de admiración para no encolerizar más a la vieja.

—No, será mejor que conteste aquí —dijo Smith deshaciéndose en sonrisas.

Úrsula Morrison apretó los labios y al fin aceptó:

—Está bien.

—Puede usted preguntarme —dijo a Lester la chica del mini-bikini.

—Ando buscando a Peter Young y sé que usted lo conocía.

—¿A Peter Young? Ah, sí, era un buen amigo.

—Sí, un buen amigo, tiene excesivos buenos amigos —masculó la vieja — cuando sus obligaciones son otras.

—Sí, cuidar del cretino de su hijo —replicó punzante.

—¡Pamela, te arrepentirás de esto!

—Siento mucho que se esté desarrollando una escena familiar —carraspeó Brooks, temiendo chaparrones posteriores.

Smith se aproximó más a ellos y Lester, que había observado su cercanía por la sombra que se proyectaba en el suelo y que ya se había situado junto al borde de la piscina, dio un paso atrás inesperadamente empujando a Smith y haciéndole perder el equilibrio.

—¡Estúpido! —gruñó la vieja, al ver caer a su administrador al interior de la piscina.

—Teniente, ayúdele a salir a flote, mientras yo acabo con las preguntas.

Brooks fulminó con la mirada al detective que lo estaba metiendo en líos, pero ayudó a Smith a salir del agua.

—¿Qué significaba para usted Peter Young, señora Morrison?

—Sólo un admirador.

—Pero, ¿un admirador destacado?

—Sí, creo que no es ningún secreto en Miami. El hombre que es mi marido...

—¡Por tener su fortuna te casaste con él! —intervino la vieja.

—Lo que ignoraba es que tendría que cargar con su madre también —replicó la chica.

—Pamela, ¿cuándo vio a Peter Young por última vez? —continuó Hal.

—Hace quince días —respondió apresuradamente, Smith, que salía de la piscina chorreando agua por todas partes.

Pamela Morrison miró a Smith y tras un brevísimo silencio asintió:

—Es cierto, fue en una invitación que le hice aquí mismo. Pasamos la tarde juntos. ¿No es cierto, señora? —preguntó con sarcasmo a la vieja.

—Si —dijo como si le hubiera arrancado una muela inesperadamente y a viva fuerza.

—Bien, creo que no tengo nada más que responder.

Pamela tomó un poncho de toalla y se alejó hacia la casa.

Lester sacó su cajetilla de cigarros y observó detenidamente al tal Smith, que se hallaba empapado. No le pidió disculpas y sí observó las orejas que aquel tipo tanto se preocupaba en cubrir con el exceso de pelo.

Por lo que había comprobado, no llevaba peluca, pero sí tenía una cicatriz en la oreja que parecía partida en dos.

—Teniente, creo que si nos largamos nos lo agradecerán.

—Sí, Lester, será lo mejor. Vamos. —Se volvió hacia la vieja y agregó —: Disculpe nuestra intromisión en su vida privada, señora.

—Si quiere algo, teniente, dígaselo a mis abogados —advirtió muy

estirada.

—Lo tendré en cuenta.

No tardó en descender el «Cadillac» hacia la puerta de entrada y luego pasar a la carretera de regreso a Miami.

Brooks gruñó:

—Si lo llego a saber, mando al diablo su invitación para venir a visitar a los Morrison. Esa vieja no se anda por las ramas y removerá cielo y tierra para tomarse el desquite de esta entrevista.

—No llore tanto, teniente. Es ella y no usted quien debe estar preocupada.

—¿Por qué? ¿Porque su coche ha sido hallado con unos balazos, además, hechos por usted, por el bravo y entrometido Hal Lester?

—se quejó.

—Sí, eso es en parte, pero ya hemos sacado mucho de provecho.

—¿El qué?

—Pues que Pamela Morrison, junto con el tal Smith, han mentido.

—¿Cómo lo sabe?

—Han dicho que vieron a Peter Young hace quince días y sé quién está dispuesto a testificar que les vio hace cinco noches, besándose en la carretera.

—No está mal. ¿Ha observado algo más?

—No estaría de más que investigara a Smith. Tiene una gran cicatriz en la oreja.

—Sí, ya lo he visto. Por cierto, no lo habrá tirado dentro de la piscina expofeso, ¿verdad?

—Bah, ha sido un baño sin importancia.

—¡Le advierto que si trata de involucrarme en sus líos...!

Brooks no pudo continuar con sus amenazas. Lester había aumentado la velocidad del «Cadillac» al tomar una curva e hizo enmudecer del susto al teniente Brooks pues pasó a escasas pulgadas de otro coche surgido súbitamente en dirección contraria, viéndose obligados ambos vehículos a hacer chirriar sus frenos. Más, prosiguieron la marcha normalmente, cada cual en su respectiva dirección.

CAPÍTULO VIII

Smith bajó embutido en un batín y con cara de mal humor.

Úrsula Morrison le aguardaba en el gran salón, acompañada de Pamela, ya vestida, y de un hombre que, a juzgar por su aspecto, cuidaba mucho su físico y su atuendo.

—Señora Morrison, creo que si no frena su carácter va a estropearlo todo —reconvino el tal Smith con mucha cortesía al llegar a su altura.

—No soporto a los sabuesos —gruñó la anciana.

—Pues tendrá que soportarlos y sortearlos. Están en su derecho al hacer preguntas, los contribuyentes les pagan para eso.

—¿Y del detective privado qué me dice? Ese tipo huele demasiado, más que el otro.

—Es cierto, ese tipo nos ha traído problemas. Habrá que cobrárselos.

—Pronto descubrirán sus maquinaciones e irán todos a la cárcel —auguró Pamela dejándose caer en una butaca.

—Si nosotros vamos a la cárcel, querida nuera, tú nos acompañarás; eres cómplice.

—En mala hora caí dentro de este nido de víboras.

—Señoras, si me lo permiten, yo tengo mucho trabajo —dijo el tipo elegante, de estatura más elevada que Smith y con el cabello totalmente blanco.

—Aguarde, doctor Norton —cortó Úrsula.

—Su hijo se repondrá lentamente, señora Morrison.

—Usted sabe que no. Ha curado bastante bien su herida, pero le hace falta una transfusión de sangre. Es urgente. Está muy pálido, su organismo no va a reponerse.

—Señora, en estos momentos quizá no sea muy oportuno buscar sangre apta para su hijo.

—Pues la buscará o le juro que acabo con usted. Tengo papeles que lo comprometen. Su yate, ya viejo, naufragó y usted percibió una bonita cantidad del seguro. Fuimos nosotros quienes lo hundimos y cobramos nuestra parte, pero usted está hasta el cuello. De modo que si por no correr un riesgo prefiere echarlo todo a rodar...

—Si cometiera esa insensatez, señora Morrison, se hundiría usted misma.

—Si a Michael le ocurre algo, no me importará, de modo que de usted depende.

—Creo, doctor —intervino Smith— que usted curará a Michael y todo seguirá adelante.

—Bien —dijo acorralado el elegante galeno—. Haré lo que pueda. Trataré de obtener sangre para él.

—Usted sabe de sobras cómo conseguirla, doctor —dijo Smith sonriendo—. Una vez tuve un amigo que era médico, pero le habían retirado la licencia.

—Comprendo —dijo severo—. Cortar la vida de quienes esperan ver la luz está perseguido.

—Sí, es cierto, pero creo que mi amigo era un hombre muy práctico. Cuando una cliente se le escapaba de las manos, quiero decir que se iba al otro mundo, procuraba salvar el máximo de su sangre para posibles casos de hemorragias.

—Su amigo era muy práctico. ¿Tiene su dirección? Quizá pueda servirnos.

—No, murió. Alguien le clavó unas tijeras entre los omóplatos, pero usted seguramente conocerá a individuos como él, de modo que espáblese.

—Bien, ya he dicho que hará lo que pueda.

—Pues yo creo que le haría un bien dejándolo morir.

La opinión de Pamela sulfuró a la vieja.

—¡En mala hora te pedí que te casaras con él, no sabía qué clase de serpiente eras, pero te advierto que si él muere, tú te quedas sin nada.

—Recuerde que tengo algunos papeles firmados en los que yo salgo beneficiaria, señora Morrison. En manto a usted, doctor, lo que debe cuidar y muy especialmente, es el restablecimiento de Peter Young.

—También es un caso difícil —suspiró el médico.

—Lo que importa es que recobre la conciencia.

—Si la recobra, por lo menos quedará paralítico de las piernas. El golpe que le propinaron en la nuca fue demasiado brutal. La culata de un revólver es como un martillo y un martillo puede partir fácilmente la columna vertebral, en su caso, la base del cráneo.

—Es necesario que recobre el conocimiento para que nos diga lo que tanto nos interesa saber.

—El caso de Pecar Young hay que tratarlo con más calma. Hay hombres que, en sus circunstancias, no recobran la conciencia a todo lo largo de su vida.

—¿Quiere decir que hasta el fin de sus días, hacen una vida simplemente vegetativa? —inquirió Pamela, asustada.

—Por lo visto, te preocupa más su salud que la de tu esposo.

Pamela prefirió no responder a la vieja.

—Es posible que haga una vida vegetativa. En estos casos, si se recobra

la razón, es en un momento inesperado, y dentro de un plazo relativamente corto. Si pasa el tiempo y no la recobra, pueden despedirse de él, prácticamente, pues continuará en su lecho, pero inmóvil hasta el fin de su vida. Vigilen sus ojos. Ellos son unos buenos indicadores en estos casos.

—Yo me cuidaré de vigilarlo —se ofreció Pamela.

—Doctor Norton, ese hombre es muy importante, tanto que si le hace recobrar la conciencia, le entregaremos a usted todos los documentos que le comprometen, ¿verdad, señora Morrison? —inquirió Smith.

—Sí —asintió con sequedad.

—Por la cuenta que me trae, consultaré con especialistas hablando de un paciente lejano. Creo que saldremos adelante, tengo esperanzas, pero si abriera los ojos y tuviera algo delante para recordar de súbito, iría mejor, mucho mejor.

—Hemos tratado de tener aquí a su hija. Una vez recobrada la conciencia, incluso habría sido más fácil obligarle a hablar, pero no ha podido ser. Los planes se han torcido.

—La policía ha comenzado a husmear, deberán andarse con cuidado. Ahora, debo marcharme.

—No se olvide de cuánto le hemos dicho —advirtió la vieja.

El doctor Norton se despidió y se alejó con su caminar seguro y elegante.

—Pamela, será mejor que subas a ver a los pacientes —indicó Smith— aunque no sé si nos veremos obligados a trasladarlos a otro lugar. Aquí ya empieza a husmear demasiado la policía.

—No tema, Smith, habrá tiempo para todo. Antes de que la policía entre aquí, les echaré a todos los abogados encima y no conseguirán mucho. Soy Úrsula Morrison y eso no lo olvidarán nunca.

—Cálmese. Cuando hicimos nuestro pacto de ser socios no pensé que perdería tan pronto el control.

—Usted me propuso sacarme de la quiebra en que me hallaba.

—Sí, y ha ganado ya mucho dinero.

—Si —admitió la anciana—, he ganado mucho, pero tengo a mi hijo con un balazo en el costado.

—Sí, y otros hombres han muerto ya, pero aquí no se acaba todo. Su hijo se recuperará y tendremos el dinero jamás soñado. Usted se sentirá segura en su mansión, será la Úrsula Morrison de otros tiempos, dominará a todos con ese tesoro.

—A veces pienso si todo no será una fantasía de ese imbécil de Peter Young.

—No, no es una fantasía, Young lo quería para él sólo y buscaba la colaboración de Pamela para que ésta presionara sobre usted y que usted le cediera algunas embarcaciones apropiadas y todo el equipo de rescate

que necesitaba.

—Todo esto parece un sueño, una utopía —siseó la vieja, deseando sin embargo que aquello se convirtiera en realidad.

—Si no llego a interceptar la llamada con el supletorio, en estos momentos nada sabríamos y Peter Young comenzaría a extraer el tesoro que las aguas guardan celosamente, que han guardado durante un cuarto de siglo.

—Un submarino alemán —dijo pensativa —cargado los tesoros que Hitler había expoliado en varios países europeos, con oro en barras. Es fantástico, si fuera verdad...

—Lo es. El U-23 desapareció con esa mercancía partiendo del mar Báltico en las postrimerías de la guerra, cuando el Tercer Reich se hundía sin remedio y nadie supo nunca el rumbo que tomó. Ahora, Peter Young lo ha descubierto.

—Pero, ¿dónde está? —preguntó la anciana obsesionada.

—Es lo que nos tiene que aclarar él.

—Si sus hombres no lo hubieran golpeado tan fuerte cuando lo trajeron aquí, ahora quizá supiéramos algo.

—Fue un accidente. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en estos negocios. Pero, todavía hay esperanza, no ha muerto. El doctor Norton cuidará de que sobreviva para poderlo interrogar, porque de lo contrario, lo habríamos perdido todo. Buscar esa nave bajo el agua sería como apostar a un jamelgo en el Derby.

—Sí, un trabajo inútil. No lo encontraríamos, pero Peter Young sí sabe dónde está. El, en su afición de nadar bajo el agua, lo descubrió, de modo que no puede estar lejos.

—Si puede estar lejos —contradijo Smith—. Piense que quizá fue en la lancha de Gordon Clive.

—Otro que eliminó estúpidamente.

—El «Reverendo» lo estropeó todo dejándose cazar por el detective.

—Confío que no seguirán cometiendo errores.

—Todos los cometemos, señora. Morrison. Usted ha resbalado un poco con su actitud sospechosa cuando han venido esos sabuesos.

—Yo me encargo de que mis abogados frenen la acción del teniente Brooks en el caso de que éste insista en husmear por aquí, pero usted haga desaparecer al otro, a ese que ha tenido la satisfacción de darle un baño.

Los ojos del tal Smith relampaguearon de furia al recordar el infortunado e imprevisto baño con que le obsequiara Hal Lester al empujarlo al interior de la piscina.

En la puerta del salón aparecieron dos individuos.

Vestían bien, pero no eran elegantes. A distancia podía advertirse que si pertenecían a alguna sociedad era a la del hampa.

—Acercaos —ordenó Smith.

—¿Hay trabajo?

—Sí —asintió el tal Smith.

—¿Hay que hacer algún trabajo con un yate o...? —Dejaron en suspenso el resto de la frase.

—Hal Lester, detective privado. Lo conocéis, ¿verdad?

—Desde luego, es el que nos perforó el «Pontiac» e hirió al señorito Michael cuando tuvimos que eliminar al «Reverendo» por haber sido capturado y seguramente irse de la lengua.

—Bien, pues ese Hal Lester nos está rondando. Es peligroso, pero por lo visto es muy amigo del teniente Brooks y colabora con la policía.

—Tiene que desaparecer, ¿no es eso, «boss»? —preguntó el que parecía más joven y que respondía por nombre de Crawl.

—¿Un accidente? —sugirió el otro.

—No, en los accidentes siempre hay investigaciones y más en este caso en el que la policía ya está de por medio.

—¿Entonces? —inquirió de nuevo Crawl.

—Un disparo en la nuca, unas cuantas cadenas alrededor del cuerpo y sin ropa lo tiráis al fondo del mar, pero a más de una milla de la costa. Para ese trabajo, supongo, señora Morrison que podrán emplear alguna sus lanchas del astillero.

—Sí, pero que lo hagan de noche, es peligroso —puntualizó la vieja.

—Ya habéis oído. De noche y cuanto antes mejor.

—Entonces, será hoy mismo.

—No compren las cadenas, en el astillero encontrarán las que hagan falta —observó Úrsula Morrison—. Hagan desaparecer a ese entrometido o yo les haré desaparecer a ustedes, ¿comprendido?

Los dos tipos, antes de asentir, miraron con muda pregunta a su jefe. Este afirmó con la cabeza.

—Esta misma noche, ese tipo pasará a mejor vida —gruñó Crawl.

—Los peces darán cuenta de él y su rastro se borrará para siempre.

Mientras, en la parte alta de la mansión, en una misma estancia y protegida su puerta por un cortinaje de los muchos que colgaban en la casa, Pamela observó ambos lechos.

Peter Young se llevó la primera mirada.

Piel tostada, constitución de Tarzán, como dirían algunas mujeres, con mucho cabello negro, alto y estrecho de frente.

Su respiración era muy lenta pero rítmica. Su rostro no expresaba nada y sus ojos permanecían cerrados. En un brazo tenía clavada una aguja que partía de un tubo por el que pasaba una solución glucosalina gota a gota.

—Pamela, Pamela... —llamó el hombre que yacía en la otra cama.

Michael Morrison era de constitución recia. Su rostro expresaba toda su desgracia, lo mismo reía que lloraba.

—Duerme —ordenó la esposa de aquella especie de niño grande que

nunca llegaría a madurar.

Un niño grande a cuya desgracia congénita se había unido la deplorable crianza de su madre que un día se casara con un primo carnal para conservar la fortuna Morrison.

Si bien era loable el cariño y el mimo con que Úrsula Morrison había criado a aquel ser desequilibrado había cometido grandes errores, entre ellos darle ínfulas de superioridad y permitirle maltratar a inferiores económicamente y a animales.

Michael Morrison disfrutaba, reía a carcajadas cuando, en su insensatez, hacía daño. Por eso, había pedido a los *gángsters* que le llevaran la noche que iban a asesinar a Gordon Olive. Un arma en manos de aquel irresponsable era algo más que mortífero, pues no cesaba de apretar el gatillo hasta que el cargador se había agotado. Pero, aquella vez, lo había detenido Hal Lester, con su réplica de plomo.

Pamela había conocido un poco tarde la verdadera educación de aquel ser con el que se casara por ambición, un gran error del que se había arrepentido cuando ya no había remedio.

Visto la gran adoración que su hijo sentía por Pamela, Úrsula Morrison retenía a ésta pese a que eran de caracteres incompatibles y se odiaban sin recato.

Cuando Pamela había insinuado alguna vez la posibilidad de un divorcio, Úrsula la había amenazado con encontrarla donde estuviera y hacer que su propio hijo tomara venganza. Cuando Pamela recordaba las torturas que el irresponsable Michael infligía a gatos y peros con tal de divertirse, se le erizaban los cabellos y experimentaba verdadero pánico.

—Vamos, Michael, duerme —ordenó con acritud.

—No, no quiero dormir —replicó pálido, sin fuerzas en aquellos momentos por la debilidad causada por la falta de sangre perdida en su herida.

Pamela Morrison lo miró por un instante.

Tomó una jeringuilla hipodérmica. Buscó entre los muchos medicamentos que había dejado el doctor Norton para poder curar a sus dos pacientes y tomando un inyectable barbitúrico, rompió la cápsula de cristal. Luego, llenó la jeringuilla con cuidado.

Aguja, en mano, se aproximó al que era su marido y tomándole del brazo sin que éste opusiera resistencia, pues carecía de fuerzas para elevar el brazo, le inyectó la droga.

—Me pincha —dijo Michael con su mirada estúpida.

—Vas a dormir. Estarás mejor y a mí me dejarás en paz.

No tardó el barbitúrico en surtir efecto. Michael cerró los ojos y comenzó a respirar un tanto forzosamente.

Pamela suspiró viéndolo dormido. Sentía más lástima que nada por aquel infeliz que el exagerado amor de una madre y también su

desmesurada soberbia y orgullo habían convertido en un ser maligno y peligroso.

Se volvió hacia Peter Young y le pasó la mano por los cabellos.

Súbitamente, el hombre abrió los ojos. Movi6 éstos de un modo inteligente y preguntó apenas sin voz:

—¿D6nde estoy?

Antes de que ella pudiera responder, Young cerró los ojos volviendo a sumirse en la inconsciencia.

Pamela Morrison abrazó aquella cabeza y lloró.

No podía remediarlo, se había enamorado de aquel hombre con el que había comenzado a forjar planes para separarse legalmente de Michael. Ansiaba casarse con Young y quedar protegida por éste.

—Dios mío, se está sobreponiendo como dijo el doctor, Dios mío, Dios mío ayúdale a reponerse del todo... —suplicó fervorosamente mientras empapaba el rostro, atezado del enfermo con sus lágrimas de alegría.

Mientras, la puerta se había entreabierto ligeramente y unos ojos maliciosos contemplaban atentos lo que ocurría.

CAPÍTULO IX

—No me agrada tener que venir aquí —protestó Shirley Young mirando en derredor recelosa.

—Pues a mí sí, es una casa muy bonita —opinó la pequeña Priscila, dejando de chupar su cucurucho de helado.

—Me alegro de que a mi cliente le agrade mi casa —dijo por su parte Hal Lester.

—No era imprescindible que nos trajera aquí. Priscila tiene su casa y mi hermano aparecerá en el momento menos pensado.

—Por favor, Shirley, va a hacerse vieja antes de tiempo si sigue gruñendo.

—¿Vieja? —repitió cruzando sus brazos molesta.

—Pero tía, si el señor Lester es muy amable. Seguro que tiene un baño muy grande y bonito, ¿verdad?

—Sí, Priscila y está por entero a vuestra disposición.

—¿Tanto peligro cree que corre la niña? —inquirió Shirley escéptica, sin disimular su contrariedad.

—Sí, ya vio que trataron de raptarla y de no haber telefoneado yo, lo hubieran conseguido.

—Pero, ¿para qué quieren raptarla? No entiendo todo este lío.

—Hay unos tipos muy astutos que seguramente mantienen secuestrado a su hermano.

—Entonces, lo que hay que hacer, es dar parte al FBI y ellos se encargarían de esos malhechores.

—El caso de Peter Young aún no puede considerarse como secuestro, solo como desaparición, ya que no existen indicios de que esté prisionero en ninguna parte.

—Usted salvará a papá, ¿verdad? —inquirió Priscila mirando fijamente al detective.

—Claro que sí.

—A mí me parece que usted solo es un charlatán.

Lester suspiró.

—A las chicas sabiondas como tú hay que respetarlas por su inteligencia; pero también hay que aplicarles mano dura para que

aprendan que no se puede gruñir ante cualquier iniciativa masculina. Habéis de ceder un poco, por lo menos en el convencimiento de que no sois las únicas que podáis solucionar los problemas que se presentan.

—Usted no es nadie para darme rapapolvos como si fuera una niña y tampoco le he autorizado que me tutee.

—Tía Shirley, vamos a ver el cuarto de baño —dijo la niña tirando de Shirley.

—Está bien, vamos.

Priscila correteó delante de su tía. Pocos minutos después, regresaba diciendo:

—Es magnífico, nunca había visto uno tan grande. ¿Podré bañarme en él?

—Naturalmente, ya te lo he dicho antes.

—No —cortó categóricamente Shirley, apareciendo por la puerta con un sujetador femenino cogido con las puntas de sus dedos.

—Vaya, ¿has comenzado a prepararte para el baño?

—¡Es un cínico! —replicó roja como la grana al pretender el hombre que aquella prenda íntima le perteneciera—. ¡Seguro que celebra aquí sus bacanales!

—¿Ah, no es tuyo? —preguntó con aire despistado.

—¡Claro que no! —espetó arrojándole a la cara la prenda azul claro.

—Pues será de una chica que siempre anda pidiéndome que le preste mi cuarto de baño.

—¡Eso no se lo cree ni un lactante!

—Pues yo sí me lo creo, tía Shirley. Como el cuarto de baño es tan bonito...

—¡Priscila, vámonos de aquí!

Shirley cogió a la niña por la mano y la arrastró materialmente hacia la salida. Lester, inmutable, siguió en la butaca.

—¿Cómo ha cerrado esta puerta? ¡No hay forma de abrirla!

—Ya os he dicho que aquí estaríais seguras. Un tipo con gafas de una pulgada y pelo muy encrespado me timó cinco mil dólares por dejar este apartamento acondicionado contra robos, asaltos, y allanamientos de todas clases. Incluso, hay una serie de aparatejos colocados por las paredes. Sería muy prolijo de explicar, pero el tipo aquel no lo hizo mal del todo.

—¡Abra la puerta, le exijo que nos deje salir!

—Yo no quiero irme, tía Shirley.

—¡Tú te callas!

—La niña tiene razón y es tu vida la que peligra. Seguramente la quieren raptar para presionar a su padre.

—¿Presionarle para qué?

—Lo ignoramos todavía.

—Fantasías. Abra la puerta.

Hal se levantó. Tomó a la niña y dijo:

—Ve a esa habitación. Encontrarás una cama y en el dosel hay un conmutador. Lo pulsas y tendrás una televisión para ti sola que saldrá del armario.

—¿De veras?

—Pruébalo, pero te has de meter dentro de la cama y taparte para dormir.

La niña corrió hacia la alcoba indicada como una exhalación.

—¡Priscila, espera! —ordenó Shirley, pero no fue escuchada.

—Parece que tengas miedo a quedarte sola conmigo.

—¿Yo miedo? —hizo un gesto de superioridad e indiferencia al mismo tiempo.

No tardaron en oírse las voces de una popular película de dibujos. Lester se acercó a la puerta de la estancia. Metió la cabeza dentro y preguntó:

—¿Estás bien acomodada?

—Ya lo creo —respondió la pequeña.

—Cuando tengas sueño pulsas de nuevo el botón. Se apagará el televisor y tú podrás dormir tranquila.

—Así lo haré, señor Lester, así lo haré.

Hal cerró la puerta y regresó junto a Shirley que le esperaba con los brazos cruzados.

—¿Qué te ocurre, sabionda? ¿Es que has estado tan metida entre libros que ni siquiera has temblado nunca por el abrazo de un hombre?

—Ni voy a tolerar que me llame sabionda ni tengo por qué temblar ante una simple atracción física, propia de todo el género animal.

—Muy bien dicho, solo que a las más intelectuales, a las más cultas, os gusta también el amor.

—Bah, solo puedo pensar que es un desequilibrado. Yo soy una mujer más entera de lo que cree y en cuanto a pretender secuestrarme aquí engatusando a mi sobrina, le prevengo que llamaré al FBI.

Él se le acercó. Con voz algo ronca dijo:

—Primero, te demostraré que no eres tan de piedra como pretendes. Luego, te daré el teléfono para que llames al FBI.

Ella aguantó firme como un mudo reto, un reto que se había creado entre ambos.

Lester alzó sus manos y tiró de las gafas de la chica.

—¿Qué hace?

—Quitarte los lentes. Supongo que no las vas a necesitar ahora y además, estás muy linda sin ellas.

—Si cree que trata con una quinceañera que está delante de
Marlon Brando, pierde el tiempo. Estoy licenciada en
Filosofía y Letras.

—Y yo licenciado en otras cosas que prefiero callarme —replicó con su voz bronca.

—¿Qué hace ahora?

—Soltarte el cabello. Caído sobre tu espalda te sentará mejor.

Shirley Young no se opuso y una cascada de pelo negro, poco antes recogido en la nuca, se desbordó sobre sus hombros.

—Así está mejor, igual que cuando te vi por primera vez en el aeropuerto —le dijo en un susurro.

Lester acarició el rostro femenino apartando los cabellos de él. Luego, la abrazó con suavidad.

—Tienes ojos de gata. Aunque quieras, no puedes ser fría.

—Suélteme —ordenó sin ser obedecida.

—Tienes labios frescos y muy rojos, demuestran mucha vitalidad interior. Sangre no te falta y en estos momentos que estás rodeada por mis brazos, debe correr aceleradamente por tus venas.

—Yo no siento nada.

—Pues yo sí —dijo apenas sin voz.

Lester aproximó sus labios a los femeninos.

—¿Has temblado? —preguntó.

La pregunta resultaba inútil. Los labios de Shirley estaban trémulos.

Ella no respondió.

Su rostro había cambiado. Ya no mostraba escepticismo ni sensación de frialdad o indiferencia.

—Te he demostrado que puedes temblar. Ahora, tengo mucho trabajo y la obligación es antes que la devoción, de modo que quédate aquí. Puedes emplear mi habitación, no me acercaré por aquí mientras seáis mis huéspedes. Yo también soy un hombre muy respetable —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Cuida bien de Priscila y si ocurre algo sospechoso, telefona al teniente Brooks. Encontrarás su número en el bloc de anotaciones y si deseas salir, solo tienes que ladear un poco el cuadro que está junto a la puerta, acciona un resorte.

Abría la puerta cuando ella, sintiéndose burlada, se alzó furiosa y tomando un búcaro de la mesita de centro, gritó:

—¡Canalla, seductor!

El jarrón fue lanzado con mucha puntería, pero Hal Lester había sido lo suficientemente rápido como para escapar a tiempo y la porcelana se partió en cien pedazos con gran estrépito.

Sin embargo, Priscila no lo oyó, absorta en lo que los dibujos animados decían a gritos.

Hal Lester salió a la calle.

Prendió lumbre a un cigarrillo pensando en lo que debía hacer con las nuevas pistas que había captado y echó a andar. Súbitamente, dos individuos se colocaron a su derecha e izquierda con mucho disimulo. Uno

de ellos le dijo sonriente:

—Si en algo estima su piel, siga caminando.

—Es que tengo mi carro aparcado en la otra esquina — dijo Lester con igual sonrisa, sin preocuparse demasiado por los dos objetos cilíndricos que le oprimían sendos costados en aquella noche de brisa agradable.

—Pues lo sentimos, pero se vendrá en nuestro auto. Estará más cómodo.

—¡Qué bien! De este modo ahorraré combustible.

Lester caminó entre los dos tipos bajo los potentes fluorescentes que iluminaban la calle. Parecía un simple paseo amistoso. A su derecha quedaba la playa de la que escapaba una risa salobre.

Le hicieron subir a un «Buick» gris oscuro. Uno de aquellos tipos se colocó ante el volante y el que parecía más viejo demostró su astucia ordenando:

—Póngase delante junto a mi amigo, así podré violarlo mejor desde atrás.

Lester se sometió. No llevaba armas encima y prefirió seguirles el juego hasta que surgiera la ocasión propicia para resarcirse, si es que ésta llegaba.

Law, el más viejo, extrajo la P-38 que llevaba en el bolsillo y ya sin ningún disimulo, apuntó a la cabeza del detective que se acomodaba ante él.

Lester advirtió irónico:

—Cuidado con ese juguete, puede disparársele.

—Sí, eso es lo que pasaría a la primera tontería que intentara y ya que el asiento es amplio, apártese de mi compañero. No quiero que le moleste mientras conduce.

—Vaya, lo mismo que ponen en los autobuses:

«NO MOLESTAR AL CONDUCTOR».

—Es muy chistoso, pero pronto dejará de reír —masculló Crawl, que iba al volante.

Puso el contacto y el motor roncó apenas perceptiblemente, poniéndose en marcha y despegándose del bordillo.

—Vamos, déjense de cuentos y díganme cuanto piden por cambiar los papeles.

Law rió.

—No nos interesa el negocio. Los sabuesos privados no suelen tener mucho dinero. No malgaste saliva.

—Bien, bien, sois unos auténticos hampones de Detroit, ¿no es cierto?

—No pregunte, no vamos a responder a menos que sea estrictamente

necesario —advirtió el más veterano.

—De acuerdo, no me contestéis, pero sé que trabajáis para «El Ángel», lo mismo que el «Reverendo» al que vosotros mismos liquidasteis.

—Oye, Law, ese tipo sabe demasiado —observó el que llevaba el volante.

—No vayas a dejarte intimidar —repuso Law—. Está lanzando fuegos de artificio a ver si caza algo, pero no le servirá de nada.

—Pero el teniente Brooks sí y está sobre la pista —dijo Lester con indiferencia, lo cual preocupó más a los *gángsters*.

—¿Cuál pista? —inquirió Law esta vez.

—La de «el Ángel». Cometisteis un error al liquidar al «Reverendo». Así empezó todo en realidad. Ahora están por llegar todos los informes de Detroit. Os debían ir muy mal los negocios allí para que hayáis venido a instalaros a Miami donde va a terminarse vuestra carrera y por cierto, muy mal.

—Law, deberíamos hacer algo —propuso Crawl.

—No, este individuo trata de liarnos, los conozco y usted, cálese o reventaré de golpe los pocos minutos de vida que le quedan.

—¿Pocos minutos? Seguramente, más que a vosotros.

—Ahora sí te equivocas de lleno —dijo Law suficiente, apoyando el cañón del arma sobre la nuca de Hal.

—¿Vais a llevarme a vuestro cuartel general?

—¿Es que acaso sabe dónde está nuestro cuartel general? —preguntó el más joven.

—Eso lo saben hasta los gatos en Miami.

—Si tan listo es, dígallo —propuso Law deseando que se equivocara de un modo garrafal para así sentirse más confiado.

—Pues, en la mansión de los Morrison. Lo que no comprendo es cómo os dejáis mandar por una vieja repelente.

Crawl cambió una mirada de inteligencia con su compañero a través del espejo retrovisor.

—Creo que ha sido una orden perfecta la del jefe.

—¿Una orden, la de conducirme a su presencia? ¿Quiere interrogarme sobre lo que sé? —inquirió mientras, el «Buick» rodaba por las populosas calles de Miami, donde los luminosos parpadeaban excitantes y multicolores.

Sólo Las Vegas desafiaba a Miami en su vida nocturna. En ambas ciudades, los millonarios gastaban sus dólares con despreocupada alegría mientras habían hombres y mujeres que se apuraban para arrebatárselos de las manos con cualquier pretexto. Sin embargo, los millonarios no parecían protestar demasiado por la acción de las sanguijuelas que les sorbían la sangre en tan bella ciudad.

—A nadie se le han olvidado los paseos que Capone ordenaba en su

tiempo —gruñó Law a su espalda.

—Vaya, con que siguiendo la vieja escuela, ¿eh? —bromeó Lester pese a lo apurado de su situación.

En aquel momento, una luz roja detuvo al «Buick» en un cruce lo mismo que a sus hermanos de ruedas y gasolina.

Todos aguardaron impacientes, con los motores en marcha, a que la luz roja se tornara verde para lanzarse adelante como si trataran de conquistar las quinientas millas de Indianápolis.

—Sí, un paseíto al estilo clásico resulta muy eficaz para silenciar a los tipos que se han vuelto excesivamente molestos.

—Los peces pronto van a tener banquete.

En aquel instante, cambió el semáforo y los conductores accionaron el embrague para poner la primera marcha y apretar el acelerador. La carrera había empezado.

—Lo siento, paro esta noche no me apetece bañarme —replicó Lester.

Ante el asombro de Law y Crawl que no lograron reaccionar a tiempo y en el preciso instante en que el soche arrancaba secundado por el resto de automóviles que hicieron roncar sus motores mientras los que se habían detenido tras ellos semejaban ir a empujar a los de delante, bombardeándolos con sus faros, Hal Lester les hizo la jugada.

La mano de Lester acababa de maniobrar con la manecilla de la puerta, disimulada, pero eficazmente y la portezuela se abrió lo suficiente para que Hal se dejara caer fuera del coche cuando éste arrancaba veloz.

Al caer al suelo, se vio iluminado por los faros de los autos que seguían al «Buick» y los neumáticos de uno de ellos rozaron su cabeza.

Lester se estaba jugando la vida.

En aquellos instantes corría el peligro de quedar impreso en el asfalto y aquel tipo de muerte no era de su gusto, pero estaba convencido de que no habría sido mejor continuar dentro del «Buick».

Con sangre fría, rodó sobre sí mismo a un lado y a otro, escapando a las ruedas hasta que uno de los vehículos que se le echaba encima frenó con un escalofriante chirrido. Sus neumáticos besaron el pelo de Lester.

El detective privado se puso en pie. El «Buick» no había podido reaccionar y Law ni siquiera había tenido oportunidad de disparar contra el fugitivo, ya que se lo habían impedido los coches que iban tras él ocultando el cuerpo de Lester que había rodado por el asfalto.

—¡Eh, amigo, ¿está loco? —chilló el hombre que había estado a punto de atropellarle:

Hal se puso en pie y respondió:

—Gracias por no haberme hecho la raya en el pelo, no suelo llevarla.

Después, se alejó corriendo por una calle lateral, escapando así a la posibilidad de que el «Buick» regresara dando la vuelta en un cruce no muy lejano.

Mientras, la noche seguía y seguía, una noche que sería larga y sangrienta.

* * *

El doctor Norton entró preocupado en su consulta.

Introdujo el llavín en la cerradura y cruzó la sala de espera. No había nadie, era ya de noche, ni siquiera las dos jóvenes enfermeras, elegidas por él más por su presencia física que por su competencia profesional.

Abrió la puerta que daba a su despacho-consulta junto al cual tenía el laboratorio y aparatos para diagnosticar casos complicados.

Alzó la mano e hizo girar el interruptor de la luz. Esta iluminó la estancia, quedando sorprendido al ver a un hombre sentado descaradamente en su silla y con los pies sobre su lujosa mesa.

—¿Quién es usted? —inquirió sin soltar de su brazo el paquete que llevaba.

—Puede que me conozca. Me llamo Hal Lester y tengo el carnet de detective privado. Si se pone pesado se lo muestro para que no tenga dudas.

Norton parpadeó entre asombrado y furioso.

—¿Cómo ha entrado en mi despacho?

—Con una ganzúa. Ya sé que me va a decir que no tengo permiso para allanar moradas ajenas, pero, es la vida. ¿Un pitillo? —ofreció tendiéndole su paquete de cigarrillos.

El doctor Norton anduvo resuelto hacia la mesa escritorio donde había un teléfono.

—Voy a hacer que le retiren la licencia e incluso que le metan en la cárcel. No estoy dispuesto a tolerar ningún atropello.

—De acuerdo, de acuerdo, puede llamar a la policía para que me retiren la licencia de detective privado, pero cuando les hable, dele recuerdos de mi parte al teniente Brooks. Ambos llevamos un caso muy interesante en el que entra desde el secuestro al homicidio, pasando por algunos delitos más.

El doctor Norton detuvo su mano sobre el aparato telefónico. Escrutó a Hal Lester como si tratara de traspasarle con su mirada y leer lo que el detective guardaba en su cerebro.

—¿Le ha ordenado él que venga a verme?

—¿El teniente Brooks? Oh, no, ni mucho menos. A Hal Lester solo le dan órdenes sus clientes y siempre que le gusten. Vamos, doctor Norton, tome asiento y charlaremos un rato. Hágase el efecto de que el médico soy yo y usted me explica todas sus dolencias.

—Pero, ¿qué se ha creído? ¡Aunque sea amigo del teniente Brooks no consiento el allanamiento de mi despacho particular ni sus burlas!

—¿Ah, no? Dígame, ¿qué lleva en ese paquete, acaso un par de frascos de plasma sanguíneo del grupo «C»?

Norton palideció.

Lester no tuvo que insistir para que el galeno se sentara en una de las butacas que había frente a la mesa.

Lester quitó los pies de la mesa y se inclinó sobre ella cruzando los brazos ante sí.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Nadie, solo que vi su coche en la mansión de los Morrison, cuando estuve junto a la piscina. Por cierto, aquella casa me pareció un nido de alacranes. Me pregunté qué haría el famoso doctor Norton allí dentro.

—Soy el médico de los Morrison y eso no constituye ningún delito.

—Vamos, vamos, doctor, la policía busca a un hombre herido de bala y cuyo grupo sanguíneo es el «C». Además, usted sabe que cualquier herida de proyectil o arma blanca debe comunicarse a la policía de inmediato, o corre el peligro de que le retiren la licencia de médico.

Norton exhaló un largo suspiro.

Se sentía cansado, cansado como nunca. Cuando alzó su rostro, a Lester le pareció que en aquellos breves instantes el elegante galeno había envejecido diez años.

—¿Quién le ha dicho que el hombre que buscan está en la casa de los Morrison?

—Un pajarito. Los detectives tenemos que hacer muchas deducciones para que el final no nos regateen los honorarios que pedimos. Lo importante ahora es que sé, que tienen al hombre que busco dentro de la casa.

—¿Y el teniente Brooks lo sabe?

—Lo supone, pero hasta que no esté seguro no pedirá la orden judicial para registrar la casa de los Morrison.

—Úrsula Morrison es muy astuta. No permitirá que la descubran y yo, de rebote, puede que no salga tan perjudicado.

—No se haga ilusiones, doctor. Cuando se manchan las manos con el fango del crimen, la única agua que pueden lavarlas es la que sale por los caños de la cárcel.

—Me han obligado —protestó débilmente.

—Es una disculpa muy floja. Si le han obligado, es porque podían hacerlo. ¿Dinero, acaso?

—No.

—¿Chantaje?

—Es una palabra fea, pero así es.

—Por lo visto, Úrsula Morrison es peor de lo que pensé.

—Es muy peligrosa, y si me ha chantajeado a mí puede hacerlo con muchos otros, por eso tiene tanta fuerza.

—Vamos doctor Norton, ayúdeme a desenmascararla. Si podemos probar algo contra ella, la destruiremos y dejará de constituir un peligro y más ahora que está unida al hampón «el Ángel».

—¿Lo sabe también?

—Sé muchas cosas, pero me gustaría conocer el motivo por el cual le han chantajeado a usted.

El doctor Norton se encogió de hombros.

—Ahora que todo está perdido, que la bola de nieve acelera su velocidad por la pendiente arrastrando cuanto encuentra a su paso, ¿qué más da?

—Le escucho, doctor Norton.

—Todo empezó un día en que Úrsula Morrison se enteró de que me hacía falta dinero.

—¿Le propuso un negocio?

—Sí.

—¿Cuál?

—Hundir mi yate. Ya era viejo, pero tenía una gran prima de seguro, una prima que yo pagaba religiosamente pese a lo elevada.

—Y ella se encargó de hundir su yate. Usted cobró y dio a Úrsula Morrison su parte.

—Sí, percibí un dinero que jamás me hubieran dado por el viejo yate.

—Creo que las compañías de seguros van a respirar aliviadas. Por lo visto, íntimamente, Úrsula Morrison, y su banda de *gángster* venida de Detroit, han practicado en demasía el naufragio pseudo-accidental de yates de recreo.

—Sí, cuesta mucho vivir en Miami y no he sido el único que ha tenido que estafar a la compañía aseguradora, porque sí vendía el yate, aparte de la dificultad de encontrar comprador, no iban a darme más que un puñado de dólares. Sin embargo, en mala hora hice caso a Úrsula Morrison. Ella guarda pruebas de todos los sabotajes cometidos a los yates y luego nos exprime y chantajea, con esas mismas pruebas.

—Eso terminará pronto, doctor, aunque tendrá que aceptar el destino tal como venga.

—Lo acepto de antemano, sé que es la única solución, pero no crea que va a sorprender a Úrsula Morrison. Lo tiene todo preparado por si las cosas se le ponen feas. Es la mujer más maligna y diabólica que he conocido jamás.

CAPÍTULO X

Cuando Smith levantó la almohada que cubría el rostro de Michael Morrison, el infeliz ya no respiraba.

Su tez estaba más pálida que nunca y su pulso había dejado de latir. Sin embargo, no presentaba señales de violencia.

—Ya era hora de que te murieras —gruñó Smith apresurándose en colocar la almohada bajo la cabeza del cadáver—. La vieja lo estaba estropeando todo por su culpa y se cansa uno pronto de tus idioteces. Querías matar, hacer daño, pero igual que una bestia, sin inteligencia. Mejor estás muerto y así quedamos todos tranquilos. Ahora, eliminaremos a tu mujer y la vieja quedará controlada por nosotros. Ella sola hará cuanto le ordenemos.

Smith abandonó la alcoba. En el corredor se encontró con Pamela.

—¿Satisfecha ya? —inquirió deteniéndose frente a ella.

—¿Satisfecha, por qué? —repuso Pamela deseando ocultar el leve comienzo de recuperación experimentado por Peter Young.

—Al fin has asesinado a Michael.

—¿Asesinado a Michael? ¿De qué está hablando?

—Te molestaba tenerlo por marido, ¿eh? Claro que debiste haberlo pensado antes, no es cuestión de ir por el mundo liquidando a quienes nos molestan— recriminó el hombre.

—¿Y usted me dice eso, usted, que es un asesino profesional?

La bofetada que le propinó el *gángster* fue violenta, brutal. No solo la cabeza de Pamela se ladeó, sino que la muchacha fue empujada contra la pared.

—Yo te demostraré que es necesario poner los puntos sobre las íes.

—¡Yo no he matado a Michael!

—No podrás negarlo. Te he visto poniéndole una inyección que no le correspondía. ¿De qué era? ¿Ácido prústico?

—No, solo era un anestésico.

—No engañarás a nadie. Además, no tienes que convencer a ningún jurado. Este crimen, para tu suerte no saldrá a la luz pública, pero veremos qué opina Úrsula Morrison, supremo juez.

—¡No, yo no lo he matado! ¡Déjeme, déjeme!

Pero Smith no la soltó. La sujetó por el brazo y retorciéndoselo sin

piedad, la empujó hacia delante.

—Vas a pagar. No creo que Úrsula Morrison perdona a su nuera cuando ni siquiera le caes simpática.

A trompicones la hizo descender por la gran escalinata. Estaban llegando abajo cuando en el salón apareció la propietaria de la casa, apoyada en sus muletas. Esta se detuvo inquisitiva, observándoles.

—¿Qué significa esto, Smith, qué ocurre?

Pamela también miró a la anciana y le pareció más horrible que nunca. Delgada, reseca, su piel peluda por la vejez estaba casi pegada al esqueleto. Aquella vieja debería pensar lo que sus huesos pesaran, más unas libras de resentimiento y maldad.

—Señora Morrison, le traigo a la asesina de su hijo.

—¿Quééee?

—¡No le haga caso, señora Morrison, yo no he matado a Michael, debe tratarse de un error, yo no lo he matado, se lo juro! —gritó, saltándosele las lágrimas.

Apoyada en sus muletas, la vieja quedó inmóvil como una estatua con las pupilas clavadas en la hermosa fémina.

Smith se apresuró a concretar:

—La he sorprendido dando a Michael una inyección que no le correspondía.

—¡Sólo un anestésico, un anestésico para que durmiera, estaba tan débil!

Un juez no habría puesto cara más severa que Úrsula Morrison al pronunciar una sentencia de muerte contra el homicida de un hijo de su sangre.

—¡Maldita bruja! —masculló temblándole de ira los sarmentosos brazos. Parecía que las muletas no iban a sostenerla cuando agregó—: ¡Lo pagarás con tu vida!

—¡Yo no le he hecho nada! —chilló Pamela, insistiendo en su inocencia.

—¡Tú le diste una inyección para matarlo, le vi besando luego la cabeza de Peter Young, no puedes negarlo, yo te vi!

—¡Sí, amo a Peter y odio a Michael, pero yo no lo he matado, yo no lo he matado!

—¡Smith!

Ante la interpelación de la vieja que temblaba de pies a cabeza sobre sus muletas, el *gángster* hubo de contener una sonrisa de satisfacción. El juego le salía perfecto.

—¿Qué, señora Morrison?

—Arrójala por la escalera —fue la orden terminante.

La escalinata era amplia, marmolea, y no faltaban muchos peldaños para llegar a su base. Sin embargo Pamela, con el brazo retorcido a la

espalda, se horrorizó.

—¡No, yo no lo he matado!

—A sus órdenes, señora Morrison —repuso Smith empujando a la joven.

En aquellos instantes se había convertido en el verdugo de Úrsula Morrison, mientras su maquiavélico plan seguía adelante sin tropiezos, tal como lo calculara.

Al verse empujada, perdido ya el equilibrio, Pamela Morrison aulló de terror. Luego, los golpes la enmudecieron hasta quedar tendida al pie de la escalera. Allí, quieta, comenzó a lamentarse de dolor.

—¡No has muerto, bruja, más que bruja! —acusó la vieja.

Pamela había quedado magullada, pero por suerte para ella no había sufrido ningún quebranto grave.

La anciana, apoyada nerviosamente en sus muletas avanzó obcecada hasta la joven.

Una vez la tuvo a su alcance, comenzó a patearla con rabia, mientras Pamela se enroscaba para escapar al castigo del mejor modo posible.

Smith dejó que la vieja se desahogara dando puntapiés a la infeliz Pamela. Prefería que se desfagara y así luego quedaría ya sin nervios en su poder.

En aquel momento entraron en el salón dos hombres. Eran Crawl y Law.

Estaban nerviosos y miraron a su jefe preocupados.

—¿Habéis terminado el trabajo? —preguntó Smith al verlos.

Los dos hampones se miraron entre sí. Fue Law quien contestó:

—El tipo se nos ha escapado de las manos.

—¿Quéeee? —preguntó molesto.

Úrsula, jadeante, cesó en el castigo. Mientras, en el suelo, Pamela sollozaba.

Crawl explicó:

—Lo habíamos cazado ya. Lo teníamos en el coche pero ha conseguido tirarse abriendo la portezuela en un lugar de mucho tránsito. Ese tipo es una anguila del modo como se escabulle.

Law agregó:

—Le hemos estado buscando durante más de dos horas.

—¡Imbéciles!

—Nos ha sorprendido a nosotros también —balbució Crawl excusándose.

—Íbamos ya camino de eliminarlo —apoyó Law—, pero ese sujeto es difícil, muy difícil. Ya le he dicho que hemos estado buscando durante un par de horas sin resultado. Sin embargo, mañana lo mandaremos al infierno. No podrá pasarse escondido el resto de sus días.

—Ahora ya estará alertado —gruñó Smith, contrariado.

—Sí, pero podemos eliminarlo desde lejos.

La anciana cortó:

—Dejen de hablar de ese sabueso y ocupémonos de esta asesina.

Crawl y Law miraron a la hermosa mujer, más no dijeron nada.

—¿Qué hacemos con ella, señora Morrison? Por lo visto, la chica no se muere fácilmente.

—Eso es lo que quiero para ella. Una muerte difícil, lenta, angustiada.

—Usted dispone, señora Morrison —indicó Smith.

Pamela alzó el rostro empapado en llanto y con algunas magulladuras por los puntapiés recibidos. Miró con odio y miedo a la vez a la que había sido su suegra.

—Cójala y síganme.

—¡No iré a ninguna parte! —se resistió Pamela, enroscándose cuanto pudo.

—Arrástrenla por el pelo.

Crawl y Law se miraron entre sí, indecisos. Su jefe les ayudó a decidirse.

—¿No habéis oído a la señora Morrison? Haced lo que os ordena. Pamela ha asesinado al hijo de la señora.

No obstante, los gángsters no fueron todo lo bestias que hubiera deseado Úrsula.

Precedidos por la vieja, llegaron a la cocina. Ya en el exterior, junto a ésta, señaló un bidón de hierro de cincuenta galones. Una tapa cubría una de sus bases y se cerraba con un anillo también de hierro con un resorte que tensaba el aro una vez colocado.

—Métenla dentro, será su tumba. Permanecerá ahí hasta que se pudra.

—¡No, no pueden hacer esa monstruosidad conmigo! —protestó Pamela debatiéndose desesperadamente, pese a sus escasas fuerzas.

—¿No sería mejor eliminarla de golpe? —propuso Smith, interesado en el rápido silencio de Pamela.

—No. Quiero que sufra ahí dentro, que le duelan los huesos y los tendones hasta aullar de dolor y al mismo tiempo vaya consumiendo el aire y no tenga agua para mojar sus labios. ¡Vamos, métenla!

A viva fuerza y con plena satisfacción de la vieja, Pamela fue introducida en el bidón y colocada la tapa sobre su cabeza. Al fin, el bidón quedó herméticamente cerrado.

Escucharon los golpes que la mujer daba cómo podía en su angosto, y asfixiante encierro.

Smith miró a la anciana y dijo:

—Ahora es importante que avisemos al doctor Norton de que ya no hace falta que traiga la sangre para la transfusión de su hijo.

—Vaya, yo le seguiré después. Quiero oír un poco más cómo se debate de horror la asesina de mi hijo.

—Como guste —dijo Smith, encogiéndose de hombros.

Seguido por sus dos sicarios, penetró en la casa de nuevo y corrió al teléfono.

Tras insistir repetidamente y marcar con cuidado los guarismos en el disco telefónico, Smith exclamó, preocupado:

—El doctor Norton no contesta.

* * *

Hai Lester avanzaba con bastante rapidez sobre las aguas ahora negras de Miami. La luna reverberaba en parte del mar y a la vista de quienes lo contemplaban semejaba un río de plata en medio del océano.

La piragua era conducida por Lester con habilidad. Se la había pedido prestada a un amigo que practicaba el piragüismo y con ella se dirigía hacia su objetivo.

Había dejado atrás la playa y tenía a su derecha las rocas y el principio de los acantilados. Se apartó de los lugares peligrosos adentrándose unas doscientas yardas en el mar y conservó esta distancia hasta enfrentarse con el sombrío y escarpado acantilado de la mansión de los Morrison.

Lester se había vestido con pantalones y camisa negra para no ser descubierto a simple vista, y antes de acercarse al pequeño embarcadero particular escrutó el sector por si podían sorprenderle. Sólo vio luz en la caseta.

—Habrá un vigilante.

Remando despacio para no llamar la atención con el chapoteo, se aproximó al muelle y varó la piragua junto al hormigón.

Con sigilo trepó sobre el embarcadero y, buscando el amparo de las sombras, se acercó a la caseta. En ella había un hombre con gorra de plato que dormitaba sobre una silla.

—Lo siento, amigo.

Con el canto de la mano le golpeó en la nuca y el guardián pasó de un sueño a otro.

—Tendré que atarle bien para que no dé la alarma antes de que haya husmeado la casa.

Con cuerdas que le fue fácil encontrar, ató al vigilante a la silla y lo amordazó convenientemente. Después, ya tranquilo con respecto a él, abandonó la caseta.

Se dirigió al ascensor que subía perpendicular por el acantilado, más prefirió no utilizarlo. No sería extraño que existiera algún resorte que, al ponerse en marcha el elevador, avisara a los moradores de la casa de la llegada de un visitante.

Se calzó unos gruesos guantes de cuero en cuyas palmas había cosidos sendos pedazos flexibles de cepillos de púas de acero, utilizados para

limpiar madera o hierro, que debían ser pintados posteriormente.

Sabía a lo que se exponía. Sin embargo, cerró sus manos enguantadas alrededor del cable que sujetaba el camarín del elevador, un cable de acero engrasado, por el que era fácil resbalar.

—Confío en que las púas de acero se incrusten bien en el cable, o habrá un detective privado menos en Miami —gruñó comenzando a subir a pulso.

La altura era considerable.

La frente de Hal se perló de sudor y los brazos le dolieron, pero siguió trepando, alzando un brazo detrás del otro para cerrar acto seguido sus manos con fuerza alrededor del cable engrasado que amenazaba con hacerle resbalar hasta el fondo de cualquier instante.

Respiró hondo al llegar a lo alto sin haber sufrido ningún contratiempo.

Permaneció sentado unos segundos para normalizar su respiración y luego se quitó los guantes que dejó en un rincón.

Desde allí, el camino a la casa era fácil y sin peligros. Los perros estaban en la parte baja, junto al muro y cerca de la recia puerta de hierro.

Lester descendió por los parterres de bien cuidado césped hasta llegar a las paredes de la rica mansión.

—Será mejor que entre por la cocina y ésta debe estar por la parte de atrás.

Rodeó la casa sin dificultad.

Al llegar junto a la puerta de la cocina, atrajeron su atención unos pequeños ruidos cerca de él.

Hizo intención de seguir adelante, pero se contuvo al oír de nuevo los golpes y percatarse de que provenían, de un bidón de hierro.

Se aproximó más y pegó la oreja, escuchando un tenue lamento.

No lo pensó dos veces.

Abrió el anillo de hierro que cerraba la tapa y levantó ésta, descubriendo lo que había en su interior.

—Pamela Morrison...

La mujer alzó la cabeza y, al ver a Hal Lester, exclamó agitada, mientras se ponía en pie trabajosamente, ya que sus miembros se habían dormido dada la incomodísima postura.

—¡Sálveme, quieren matarme!

—Vaya, ¿hay escisión dentro del nido de víboras?

—Yo no he hecho nada malo, se lo juro, solo cometí el error de casarme con Michael.

—Por ambición, claro.

—Sí, lo admito, pero es algo que he pagado muy caro. Luego, me he visto involucrada sin proponérmelo en las maquinaciones de esa bruja de Úrsula Morrison.

—¿Por qué querían matarte?

—Han asesinado a Michael, pero yo no he sido, lo juro, tiene que haber sido Smith.

—¿El «Ángel»?

—Sí, pero ha convencido a la vieja de que yo he matado a su hijo para poderme casar con Peter Young.

—¿Peter Young está ahí dentro? —señaló la casa con el pulgar.

—Sí, está muy mal herido, pero quedan esperanzas de que sobreviva.

—¿Torturado?

—No, lo golpearon en la nuca y por lo visto le partieron algún hueso importante. El doctor Norton ha tratado de curarlo, y yo creo que mejorará, pero será con tiempo y si esos canallas no lo asesinan antes.

—Bueno, vas a ayudarme. Me dirás dónde está Peter Young y dónde guarda la vieja sus documentos. Si colaboras con la justicia, puede que el juez te perdone. Hay veces en que hay que indultar al pez chico para castigar al grande.

—Sí, yo le conduciré donde sea, pero ayúdeme, casi no puedo caminar. Me han arrojado por las escaleras y luego la vieja me ha pateado con saña.

Lester se compadeció de aquella infeliz. Había sufrido ya bastante pena por las culpas cometidas.

—Bien, vamos, pero antes de encontrar a Peter Young, lo que importa es hallar alguna prueba contra Úrsula Morrison y sus pandilleros.

—Como prueba puede servir el cuerpo de Michael y Peter Young, pero si quiere documentos, sé dónde los guarda. Lo descubrí un día mirando por el hueco de la cerradura. Ni siquiera Smith lo sabe. Creo que si lo conociera, él so apoderaría de todo y eliminaría a la vieja.

—Bien, no perdamos el tiempo. Hay mucho que hacer.

Sin ser descubiertos llegaron hasta la biblioteca. Pamela se apresuró a cerrarla con llave.

—¿Están aquí los documentos?

—Sí.

Buscó en uno de los armarios que había bajo los anaqueles que cubrían las cuatro paredes de la biblioteca.

—Ese libro tan grande, lleno de polvo y pesado, sáquelo.

Lester extrajo el libro, que tenía un cierre de cuero. Lo puso sobre la mesa y lo abrió, lanzando un leve silbido de admiración.

El libro estaba hueco en su centro, a modo de caja, guardando documentos y muchas fotografías.

—Es magnífico. Ahora será mejor que salgamos, pero, ¿podría telefonear antes?

—Aquí en la biblioteca hay teléfono, pero en el resto de la casa hay más supletorios. Precisamente, a Peter lo descubrieron por eso. Me estaba hablando de sus planes y Smith captó la llamada desde otro aparato.

—En ese caso, tendremos que arriesgarnos. ¿Cuántos hombres hay en la

casa ahora?

—Smith, dos de sus secuaces, dos porteros en la entrada y un vigilante en el muelle.

—De ése ya me he encargado yo y de los vigilantes de la puerta no debemos preocuparnos por el momento, de modo que quedan tres.

Descolgó el auricular y marcó y el número de la estación de policía, llamando apremiante.

—Teniente Brooks, teniente Brooks.

—Diga, teniente Brooks al habla.

Al reconocer la voz, Lester suspiró aliviado.

—Teniente, soy Lester. Venga lo más rápidamente que pueda a la mansión de los Morrison. Una mujer y yo estamos en peligro.

—¿En peligro, qué clase de peligro? —preguntó el oficial.

Antes de responder, Lester captó el ruido inconfundible al ser descolgado un supletorio. Comprendió que a partir de aquel momento estarían escuchando lo que dijera.

—Tengo los documentos que prueban una serie de delitos cometidos por Úrsula Morrison y su compinche Smith.

—¿Smith? Por cierto, tengo que decirle algo sobre él. ¿Adivina quién es?

—Es el «Ángel», de Detroit.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió.

—Por la cicatriz que tenía en la oreja. Él fue quien contrató a «Uglychild». Se ocultaba las orejas para que no descubriéramos la cicatriz, pero yo lo arrojé dentro de la piscina para vérsela. Vamos, teniente, no pierda el tiempo y corra hacia aquí. Ya le he dicho que tengo los documentos y, además, aquí está Peter Young.

—Por todos los diablos, Lester, si me hace ir y no hay pruebas se me va a caer el pelo.

Antes de colgar, Lester dijo a Pamela:

—Dé un grito, es necesario que el teniente se asuste un poco.

Apartó la mano del auricular y Pamela lanzó un grito que con certeza hizo saltar al teniente en su silla.

—¡Abrid la puerta, estáis perdidos! —conminó la voz de Smith al otro lado de la madera que aislaba la biblioteca.

—Te equivocas, «Ángel», sois vosotros quienes estáis perdidos.

—¡Matadlos como a perros...! —ordenó Úrsula Morrison desde el exterior.

Varios disparos hicieron saltar la cerradura. Lester ordenó a Pamela:

—Échate al suelo, habrá refriega.

Law y Crawl irrumpieron en la biblioteca dispuestos a resarcirse de su anterior torpeza en el centro de Miami.

Sus armas dispararon a ciegas, pero Lester, que esta vez sí iba armado,

disparó contra la luz, apagándola. Luego, hizo fuego sobre los que quedaban en el marco de la puerta.

Alcanzados por los proyectiles, Law y Cowl se tambalearon como muñecos, cayendo de bruces.

Smith consiguió introducirse en la biblioteca y disparó dos veces mientras Úrsula Morrison, viéndolo todo perdido, huía de la casa ranqueando con sus muletas.

—¡Ríndete, Lester, tengo a la chica! —advirtió Smith, que había gateado bajo la larga mesa.

—¡No le haga caso!

—Cállate, estúpida, es tu vida la que peligra —gruñó Smith—. ¿Es que no has tenido bastante con el bidón?

Lester no contestó. Siguió atento en la oscuridad, hasta que notó la respiración agitada de Smith muy cerca de él.

Quedó inmóvil por un instante, como si fuera un «pointer» adiestrado para la caza ante su presa.

Se arriesgó a quedarse sin arma arrojándola al otro lado de la estancia y al caer al suelo, produjo un ruido que hizo saltar los nervios del *gángster*.

Smith disparó tres veces consecutivas en la dirección que oyera el ruido y Lester aprovechó para golpear la mano armada del hampón haciéndole soltar la pistola.

La pelea se inició salvaje entro ambos, mientras Pamela se acurrucaba en un rincón contra los libros.

La lucha era sorda, brutal. Ambos hombres intercambiaron golpes contundentes hasta que uno de ellos cayó pesadamente; era Smith.

Lester lo arrastró hacia el exterior y encendió la luz del pasillo.

—Ya puedes salir, Pamela. Esto ha terminado.

Pamela se reunió con él no sin antes recoger una de las pistolas que había en el suelo y que gracias a la luz proveniente del corredor había descubierto.

—Tome, puede hacerle falta.

—Salgamos a esperar al teniente. Luego sacaremos a Peter Young. Ahora ya no corre peligro.

Abandonaron la casa y vieron cómo descendía del cielo un helicóptero. De él salió el teniente Brooks, seguido por el sargento Drake y dos agentes con metralletas.

—¿Cómo están? —inquirió corriendo hacia ellos.

—Todo ha terminado y adentro tiene a su «Ángel», póngalo a buen recaudo. Ahora, solo falta la vieja que debe estar escondida en algún agujero.

—Yo he visto correr a una persona hacia el acantilado —indicó el sargento Drake.

—¡Pues, vayamos! —propuso Lester.

—Sargento, hágase cargo de ese hombre.

Corrieron hacia el acantilado, pero ya era tarde. Apenas pudieron ver la silueta de un cuerpo sobre el hormigón, iluminado por la luna.

—Mejor así —opinaron todos al mismo tiempo.

EPILOGO

El sacerdote comenzó a leer el breviario. Frente a él, recatadamente vestida, Pamela y a su lado Peter Young, en un carrito de ruedas.

Los médicos le habían dicho que jamás podría andar, pero si valerse, con sus propias manos.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote con solemnidad.

Priscila Young estaba entre Shirley y Hal Lester, mientras sostenía una gran muñeca entre las manos.

—Ahora ya tengo mamá, ¿verdad?

—Sí, pequeña. Pamela será tu mamá, porque quiere mucho a tu papá, lo que él no será tan rico como tenía previsto. El submarino no contiene ningún tesoro, pero vendiéndolo como chatarra una vez rescatado, siempre obtendrá un dinero que os irá muy bien a los tres.

—¿Y tú también tendrás dinero? —inquirió Priscila mirando al detective privado.

—Bueno, por descubrir los líos de los yates saboteados, la compañía de seguros me ha premiado con un cheque de diez mil dólares, pero ahora he de cobrarte a ti. Un pacto es un pacto y te dije que cuando acabara todo te pasaría el recibo por mi trabajo.

—Lo siento mucho... —musitó la niña, compungida.

—¿Qué sucede? —preguntó Shirley.

—Pues que con los cinco dólares me he comprado esta muñeca. ¿Os gusta?

Ambos quedaron mirando a la muñeca, y Lester, con aire apesadumbrado, comentó:

—Alguna vez tenía que perder y me la ha jugado una niña, comprándose una muñeca con mis emolumentos por jugarme la vida.

—Todo no lo has perdido, cariño —susurró Shirley a su lado, mientras le tendía la diestra por detrás de la cabeza de Priscila.

Lester tomó la mano femenina y la apretó con fuerza. Luego, se inclinó sobre la niña y preguntó:

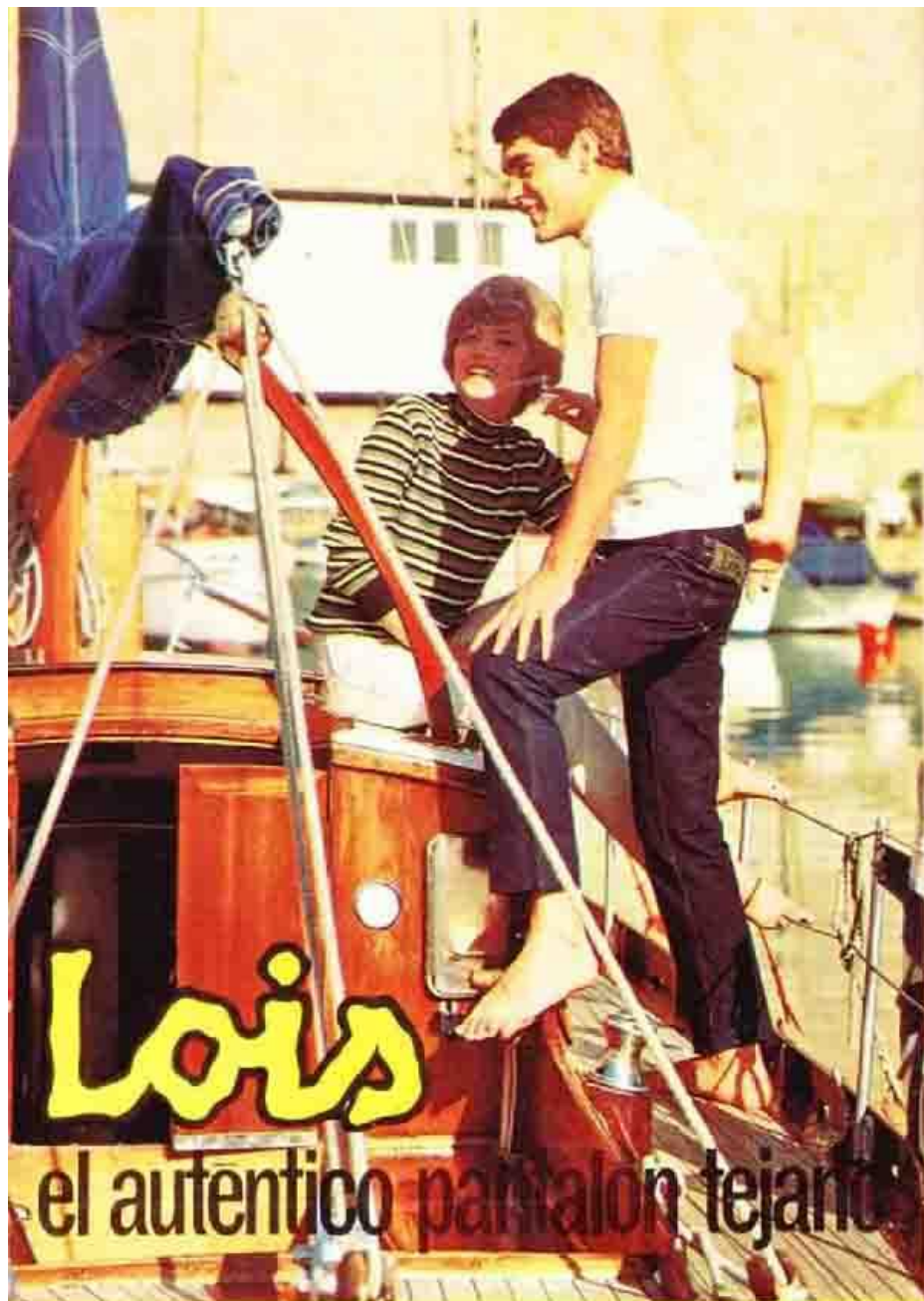
—¿Te gustaría tener un tío detective privado?

—Si se llama Hal Lester, el más caro de Miami y me compra un helado al salir de la iglesia, sí.

Shirley y Hal rieron y fijaron sus miradas en los contrayentes. No

tardarían mucho tiempo en ocupar ellos su lugar.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.